

# PARTES PRETERIDAS DE LA REVOLUCIÓN INDEPENDENTISTA CHILENA

Crónicas

## IGNORED PARTS OF THE CHILEAN INDEPENDENCE REVOLUTION

Chronicles

*JULIO ALVEAR RAVANAL*

Historiador (Santiago de Chile)

**RESUMEN.** La revolución de la independencia en Chile, bajo la fachada de fidelidad al Rey, impulsada por las ideas de la elite burguesa santiaguina que deseaba gobernarse a sí misma, adoptó desde el comienzo medidas arbitrarias contra los «españoles» (confiscación de bienes, encarcelamiento, etc.) en beneficio de «nuestro sistema liberal», como lo llamó O’Higgins. En este artículo nos proponemos estudiar ese proceso, la ofensiva contra el orden católico hispano, durante las primeras décadas revolucionarias patrias y hacer un balance del costo de la independencia y los años de la anarquía liberal.

**PALABRAS CLAVE.** Chile. Revolución de la independencia. Liberalismo ilustrado. Burguesía. Bernardo O’Higgins. Anarquía liberal.

**ABSTRACT.** The revolution of independence in Chile, under the facade of loyalty to the King, driven by the ideas of the Santiago middle-class elite who wished to govern itself, adopted from the beginning arbitrary measures against the «Spanish» (confiscation of property, imprisonment, etc.) for the benefit of «our liberal system», as it was called by Bernardo O’Higgins. We propose in this article to study this process as the offensive against the Hispanic Catholic order, during the first national revolutionary decades and make an assessment of the cost of independence and the years of liberal anarchy.

**KEY WORDS.** Chile. Independence revolution. Enlightened liberalism. Bourgeoisie. Bernardo O’Higgins. Liberal anarchy.

## 1. La primera Junta de Gobierno

Tanto en el juramento de obediencia a la primera Junta de Gobierno como en el acta en que ésta se instituyó quedaron anotadas las expresiones de fidelidad al Rey, acta a la cual, por lo demás, se dio solemne lectura antes de retirarse los 456 invitados presentes aquel 18 de septiembre de 1810<sup>1</sup>.

---

1. El cabildo abierto, como se llamó la asamblea de los 456 invitados, fue preparado anticipadamente en reuniones secretas realizadas en las casas de Vicente Larrain Salas (canónigo), Juan Agustín Alcalde Bascuñán y Agustín Eyzaguirre Arechavala. Véase Augusto ORREGO LUCO, *La Patria Vieja*, Santiago, U. de Chile, 1933, tomo I, pp. 394 y 441. En dicho cabildo abierto el procurador José Miguel Infante Rojas propuso los nombres de los cinco miembros de la Junta que fueron aceptados por aclamación. Dos vocales más resultaron elegidos por votación secreta. El secretario José Gregorio Argomedo Montero habló ante la concurrencia a nombre de Mateo Toro-Zambrano reconociendo al pueblo chileno como «el más fiel y amante de su Soberano y su Religión, además de eternamente fiel vasallo del más adorado Monarca Fernando». *Ibid.*, p. 441. Véase Fray Melchor MARTÍNEZ, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, Santiago, Biblioteca Nacional, 1964, tomo I, pp. 112 a 114; Raúl SILVA CASTRO, *Asistentes al*



Resulta interesante conocer la opinión que en aquellos años se formaban los chilenos comunes y corrientes respecto a lo que sucedía en las esferas de gobierno de nuestro país. Dice fray Melchor Martínez, testigo presencial a principios de 1812, que en el año y medio transcurrido desde el 18 de septiembre de 1810 se habían llevado a cabo cinco mudanzas de gobierno<sup>2</sup>, todas ellas hechas por miembros de la elite burguesa santiaguina que se adueñaba de la alta administración del Reino de Chile, anunciando cada vez que tal cosa la hacían únicamente para preservar los dominios de Su Majestad Don Fernando VII, aún preso en Francia.

Con fecha 6 de noviembre de 1811 la Junta de Gobierno chilena dio respuesta al oficio del Virrey del Perú de septiembre del mismo año 1811 en el cual se comunicaba el reconocimiento a la Junta de Gobierno hecho por el Consejo de Regencia de España. En la extensa respuesta, nuestra Junta aseveraba una vez más «conservar la Religión Santa y los dominios de Don Fernando VII [...] manteniendo leal y sumiso el Reino a nuestro Soberano Don Fernando VII y a las legítimas autoridades que en su ausencia y cautiverio gobiernan»<sup>3</sup>. Firmaban dicha respuesta los en esos momentos miembros de la Junta de Gobierno José Gaspar Marín Esquivel, Juan Enrique Rosales Fuentes, Martín Calvo Encalada, Juan Miguel Benavente Roa y Juan Mackenna O'Reilly<sup>4</sup>.

---

*cabildo abierto del 18 de septiembre de 1810*, Santiago, Andrés Bello, 1968.

2. MARTÍNEZ, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, cit., tomo II, p. 25.

3. *Ibid.*, tomo II, pp. 2 a 5.

4. Los nuevos gobernantes que se hicieron del poder desde 1810 estaban emparentados entre sí. En efecto, el comerciante Agustín Eyzaguirre Arechavala, hijo de vascos, era casado con Teresa Larrain Guzmán, la hija de Juan Agustín Alcalde, Carolina Alcalde Velasco, era casada con Patricio Larrain Gandadillas. José Miguel Infante Rojas estaba emparentado con los Errázuriz a través de los Salas. Manuel Pérez-Cotapos Guerrero, contrabandista, era casado con Mercedes Aldunate Larrain. José Santiago Aldunate Larrain era marido de Josefa Toro-Zambrano Valdés y Josefa Aldunate Larrain era mujer de Francisco Javier Errázuriz

Bajo la careta de fidelidad a la monarquía la revolución independentista chilena continuaba dirigida desde las sombras por fray Joaquín Larrain Salas y su hermano el canónigo Vicente Larrain, de tal modo que la Junta de Gobierno y dos importantes instituciones tales como el Cabildo de Santiago y el Cabildo Eclesiástico se convertían en simples cajas de resonancia de las ideas revolucionarias de los Larrain<sup>5</sup>.

La influencia de los hermanos Larrain Salas provenía de los

---

Aldunate. Designado en mayo de 1811 diputado por Coquimbo, Manuel Recabarren Aguirre que era cuñado de José Gaspar Marín Esquivel y pariente de Manuel Blanco Encalada, a su vez, sobrino de Martín Calvo Encalada, diputado en 1811 por Curicó. Francisco Ramírez Velasco hijo de comerciante guatemalteco, estaba casado con Gertrudis Rosales Larrain. Mackenna por su parte, era casado con Josefa Vicuña Larrain, pariente de Tomás Vicuña Madariaga que era marido de Teresa Alcalde Bascuñán y su hija Mercedes tenía por esposo a Vicente Larrain Aguirre, cuyo hermano Nicolás celebró matrimonio con su sobrina Rosario Zañartu Larrain. Los antedichos hermanos Larrain Aguirre eran 24, siendo su madre Josefa Aguirre Boza, hermana de Nicolasa Aguirre, mujer de José Antonio Carrera Salinas, primo de José Miguel Carrera Verdugo.

5. ORREGO LUCO, *La Patria Vieja*, cit., p. 416; Francisco Antonio ENCINA ARMANET, *Historia de Chile*, Santiago, Vea, 1985, tomo X, pp. 181 a 183, 187 y 188. En remate efectuado el 14 de noviembre de 1809 adquirieron varas de regidores del Cabildo de Santiago los comerciantes Juan Agustín Alcalde Bascuñán, José Nicolás de la Cerda Concha (cuya tía carnal Mónica de la Cerda Hermúa era casada con Santiago Larrain Vicuña) y Fernando Errázuriz Aldunate, siendo ya regidores de este Cabildo los también comerciantes Ignacio Valdés Carrera, José Antonio Valdés Carrera (viudo de Magdalena Tagle de la Cerda, casado con Ana Josefa Larrain Salas), Diego Larrain Salas, Marcelino Cañas Aldunate (cuñado de Carmen Vicuña Larrain), Justo de Salinas y Molina (suegro de Ana María Pérez Cotapos Lastra), Francisco Diez de Arteaga (casado con Josefa Arlegui Aguirre, por línea materna entroncada con Larrain y Carrera), Francisco Ramírez Velasco (casado con Gertrudis Rosales Larrain, su sobrina Dolores Ramírez mujer de Manuel Undurraga Yávar), Francisco Antonio Pérez Salas (marido de Antonia Larrain Salas) y Pedro José Prado Jaraquemada (emparentado con Larrain a través de los Carrera).

vínculos comerciales y de parentesco mantenidos por su familia y del fuerte carácter de fray Joaquín. Según relata Encina, «siempre el terrible fraile procuró imponerse a garrotazos y a puñaladas. En una reunión secreta de conjurados, en la cual había algunos vacilantes, clavó el puñal sobre la mesa, amenazando hundirlo en el pecho del que se arredrara»<sup>6</sup>.

De esta forma, fray Joaquín dominó a los miembros de la elite burguesa santiaguina, en su mayoría parientes suyos, «hasta convertirlos en una manada de carneros que se dejó arrastrar sin inquirir siquiera a dónde la llevaba»<sup>7</sup>. Pero, aunque tal vez con mayor prudencia que otros más audaces, dicha elite colaboraba voluntariamente con el proceso revolucionario encabezado por los Larrain. Así lo demuestra una hábil maniobra llevada a cabo secretamente por algunos clérigos al interior de la Iglesia de Santiago.

Aprovechando la llegada al país del Obispo electo don José Antonio Aldunate Garcés, al mismo tiempo vicepresidente de la primera Junta de Gobierno, y encontrándose el prelado privado de su lucidez por la avanzada demencia senil que lo aquejaba, su sobrino y secretario José Antonio Errázuriz Aldunate obtuvo la firma del Obispo en el nombramiento del nuevo Provisor y Gobernador del Obispado a favor de otro pariente, su tío Domingo Errázuriz.

Apenas quedó al frente de la Diócesis de Santiago don Domingo Errázuriz Madariaga se apresuró a prestarle grandes servicios a la revolución en marcha. Primero dio a conocer la adhesión de la Iglesia a la Junta de Gobierno y al nuevo sistema. Después, hizo los siguientes nombramientos: asesor del Juzgado Eclesiástico al masón José Miguel Infante, Provincial de la orden de Nuestra Señora de la Merced a fray Joaquín Jaraquemada Alquizar, Provincial de la orden de Santo Domingo a fray Domingo Velasco Cañas y finalmente, secularizó a fray Joaquín Larrain Salas que se encontraba castigado por abofetear a su Prior, a esas alturas ya ex Provincial de la Merced.

6. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXII, p. 93 (fray Joaquín Larrain 1759-1824).

7. *Ibid.*, p. 92. Gabriel GUARDA, O.S.B., *Los Ochocientos*, Santiago, ARC Editores, 2015, p. 16.

Los nuevos provinciales contribuyeron con lo suyo, manifestando el apoyo de sus órdenes monacales al movimiento revolucionario por una parte, y por la otra, iniciando una investigación interna conducida por fray José María Torres acerca de la supuesta conducta depravada de las órdenes religiosas en los conventos<sup>8</sup>.

Con motivo del fallecimiento de Monseñor Aldunate el 8 de abril de 1811 quedó sin efecto el cargo de Provisor del Obispado ocupado por Errázuriz y por eso, se hizo necesario convocar al Cabildo Eclesiástico de Santiago para que eligiese al Vicario Capitular en espera de la designación en Roma de otro Obispo. Temiendo que el Cabildo eligiera Vicario a don José Santiago Rodríguez-Zorrilla e Idoate, el canónigo Juan Pablo Fretes Esquivel obtuvo de la Junta de Gobierno la orden de privación de voz y voto de Monseñor Rodríguez-Zorrilla y, mediante la intervención personal de Fretes y Argomedo en la sesión del Cabildo Eclesiástico, terminaron allí eligiendo Vicario de Santiago a don José Antonio Errázuriz Aldunate<sup>9</sup>. Así entonces, gracias a la intervención de dos masones, Fretes y Argomedo<sup>10</sup>, el gobierno de la Diócesis de Santiago quedó en manos de un partidario de la revolución, no obstante, la mayor parte del clero chileno permanecía leal a la monarquía y ejercía gran influencia en provincias, lo cual, según Encina, «le costó a Chile un río de sangre y destrucciones que la labor de veinte años aún no reparaba. Más aún, sumada a los demás errores [...] la predicación de los párrocos aniquiló en tal forma la fuerza expansiva de la

8. MARTÍNEZ, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, cit., tomo I, pp. 200 a 202, 296 y 297. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XI, pp. 117 y 118.

9. MARTÍNEZ, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, cit., tomo I, pp. 202 y 203. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XI, pp. 73 y 74.

10. Fernando PINTO LAGARRIGUE, *La masonería. Su influencia en Chile*, Santiago, Orbe, 1966, p. 52. En aquellos años eran masones Juan Pablo Fretes Esquivel, José Gregorio Argomedo Montero, José Miguel Infante Rojas, Ramón Errázuriz Aldunate, Manuel Blanco Encalada, Juan Rozas Correas, Ramón Freire Serrano, José Rojas Untuguren, Hipólito Villegas, Bernardo Vera Pintado, José Antonio Prieto Vial, Santiago Mardones del Campo, fray Camilo Henríquez González y Francisco Antonio Pinto Díaz.



revolución que, sin el brazo argentino, la independencia chilena y peruana habrían tardado sabe Dios cuántos años en realizarse»<sup>11</sup>.

En las primeras décadas del siglo diecinueve la población total de Chile apenas bordeaba las 310.000 almas, sin contar a pehuenches y araucanos que recorrían a su antojo el territorio ubicado entre los ríos Bío Bío y Toltén. De este total de habitantes, un tercio residía en ciudades y villas y dos tercios, es decir 206.000, moraban en las haciendas diseminadas a lo largo del país.

En la ciudad de Santiago vivían 30.000 personas, la mitad criollos y la otra mitad nacidos en la península española, por lo cual entre estos últimos se contaban los altos funcionarios y sus familias. La ciudad de Concepción poseía 5.000 habitantes, Chillán y Talca 4.000 cada una, La Serena y Valparaíso menos todavía y en las veinticuatro villas y aldeas existentes, muchas de ellas recién fundadas, se distribuía el resto de la escasa población urbana de aquellos años<sup>12</sup>. Según Encina, la elite burguesa santiaguina en esos días estaba constituida por cuarenta familias<sup>13</sup> lo que equivale a

11. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XI, p. 119.

12. ORREGO LUCO, *La Patria Vieja*, cit., tomo I, pp. 13 a 16.

13. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XII p. 194; tomo XIII p. 11. Como consecuencia de las reformas de la ilustración en la segunda mitad del siglo dieciocho sobrevino la crisis agrícola y comercial que arruinó a muchos propietarios agrícolas, bajando los precios de los productos y el valor de la tierra y permitiendo a la elite burguesa santiaguina comprar predios rurales a bajo precio. Por ejemplo, Santiago Larrain Vicuña pagó el irrisorio precio de \$1.900 por la enorme hacienda Viña del Mar, apenas \$1.740 por la estancia Malloa y \$10.300 por la extensa hacienda Cauquenes. Paula Lecaros Lecaros viuda de Echenique adquirió la valiosa estancia Larmahue en \$20.500 al presbítero don Juan de Mendoza y Mate de Luna. La viuda de Francisco García Huidobro pasó a ser dueña de la hacienda El Principal que había pertenecido a don José de Saravia y Díaz de Saravia. Los Errázuriz se hicieron de Popeta y Tagua Tagua, mientras Perfecto Salas se apropiaba de las estancias El Salto y Conchalí y Mateo Toro-Zambrano remataba para sí la importante hacienda La Compañía. Véase Sergio VILLALOBOS R., *El comercio y la crisis colonial*, 2ª ed., Santiago, 1990, p. 226; y ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo VII, p. 189; tomo IX, pp. 45,

250 o 300 personas, en tanto, con las debidas excepciones, muchos de los 206.000 habitantes en zonas rurales tomaron partido por la monarquía<sup>14</sup>. También «el bajo pueblo era cada vez más realista y continuaba alimentando las guerrillas»<sup>15</sup>. En consecuencia, la revolución chilena fue obra colectiva de la elite castellano-

---

63 a 70 y 99 a 102.

14. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XII, pp. 21 y 32. Agrega este autor que el carácter feudal de la hacienda conducía a que los campesinos siguieran a su patrón en cuanto a manifestar apoyo o rechazo hacia la revolución. Los siguientes autores afirman que en aquella época un alto porcentaje de los chilenos residía en el campo: Sergio VILLALOBOS, Osvaldo SILVA, Fernando SILVA y Patricio ESTELLÉ, *Historia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1974, tomo II, p. 253; Arnold. J. BAUER, *La sociedad rural chilena*, Santiago, A. Bello, 1994, p. 65; ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo VI, p. 141; tomo VII, p. 51.

15. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XII, p. 181; tomo XV, p. 100. Diego BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 2001, tomo IX, p. 444. ORREGO LUCO, *La Patria Vieja*, cit., tomo II, p. 14. Otro autor precisa que «la plebe de Chile central» conformada por indios, mestizos y castas, constituía más del 90% de la población de esa región y rehusó apoyar al bando republicano, mientras que los indios de la araucanía lucharon contra los republicanos. Por su parte mestizos y castas quedaron marginados del proceso político. Véase Leonardo LEÓN, *Ni patriotas ni realistas. 1810-1822*, Santiago, Centro de investigaciones Barros Arana, 2011, pp. 96 y 121; BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo VIII, p. 157. Este autor anota que el Regimiento del Rey hizo retirarse al populacho que por curiosidad se había reunido el 18 de septiembre de 1810 en la plaza para ver el paso de los próceres. Cabe recordar que el 18 de septiembre el Regimiento La Princesa bajo las órdenes de Pedro Prado Jaraquemada tomaba posiciones en La Cañada entre San Diego y San Lázaro, el del Príncipe capitaneado por Joaquín Aguirre Boza rodeaba completamente el edificio del Consulado donde se llevaría a cabo el cabildo abierto, y el Regimiento del Rey comandado por Juan de Dios Vial Santelices estaba en la Plaza de Armas. Los regimientos además habían formado patrullas con la misión de impedir el paso a quien no portara la esquila de invitación al cabildo abierto. Véase MARTÍNEZ, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, cit., tomo I, p. 107; y ORREGO LUCO, *La Patria Vieja*, cit., tomo I, pp. 436 y 437.



vasca, pues, «lo que pesó inicialmente en la gestación del proceso revolucionario fue la existencia de una poderosa burguesía que deseaba gobernarse a sí misma y no los sentimientos hostiles al monarca, ni el deseo de realizar la forma republicana de gobierno»<sup>16</sup>.

Los chilenos ya advertían una importante diferencia entre las antiguas autoridades nombradas desde la península y las juntas de gobierno posteriores a 1810 puesto que los nuevos gobernantes aplicaban bruscas confiscaciones de los bienes de propiedad de los habitantes del país, llevaban a cabo apresamientos sin juicio previo, ejecutaban enrolamientos forzosos, en tanto se paralizaban las actividades productivas por la presencia de las tropas y era sometido a aislamiento el territorio más al sur del Maule.

Variados eran los nombres con los cuales en nuestro país se conocían en las primeras décadas del siglo diecinueve a los adversarios que durante el proceso independentista luchaban entre sí. Godos, sarracenos, maturrangos o realistas, eran los defensores del Rey. Insurgentes o patriotas, llamaban a los revolucionarios.

O'Higgins quiso imponer definitivamente los nombres más convenientes para la causa revolucionaria por medio de decretos, firmando uno el 18 de febrero de 1817 en el cual se ordenaba que en adelante se considerara «españoles» tanto a los nacidos en Europa como a los criollos partidarios del Rey<sup>17</sup>. Al día siguiente, otro decreto mandaba despojar de sus bienes a todos los «españoles» que habían sido apresados o que no se presentasen ante las autoridades revolucionarias<sup>18</sup>.

Las mismas autoridades decretaron también que el país dejaba de llamarse Chile para ser denominado Patria. Esto, que permitió a los revolucionarios ser conocidos como «patriotas», se derogó recién el 30 de julio de 1824<sup>19</sup>. Otro decreto firmado por el mismo O'Higgins

16. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo X, pp. 121 y 153.

17. *Ibid.*, tomo XIV, p. 27.

18. *Ibid.*, p. 28.

19. Benjamín VICUÑA MACKENNA, *La Guerra a Muerte*, 3ª ed., Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1972, p. 792. Al respecto dice Encina que «patriotismo» era el sentimiento que animaba a los revolucionarios

el 19 de marzo de 1817 establecía el Tribunal de Vindicación que debía decidir acerca de la justificación de la conducta de todo aquel que quisiera ser reconocido como «patriota»<sup>20</sup>.

Para esclarecer completamente las cosas, el 12 de marzo de 1817 O'Higgins firmaba otro decreto confiscando los bienes de todo individuo que no se encuentre «adherido a nuestro sistema liberal»<sup>21</sup>.

Tenemos así que en virtud de los antedichos decretos revolucionarios, la cruenta guerra que se desarrollaba en Chile desde 1813 tendría en adelante que ser interpretada como un conflicto entre, una minoría liberal denominada «patriota» y el grueso de los chilenos que habitaban el país y pasaban a llamarse «españoles», igual que los nacidos en la península hispana.

Resta aún referirnos a las diferencias más notables que separaban a la elite burguesa santiaguina de los criollos provincianos.

En su calidad de recientes inmigrantes los miembros de la elite burguesa traían una nueva concepción del bien común identificado con el bienestar material y no ya con la realización de un perfeccionamiento ético, como concebían dicho bien común las

---

latinoamericanos y «patria» no era lo que ahora significa Chile. Como consecuencia de este decreto el nombre Chile llegó a desaparecer del lenguaje oficial de modo que los gobernantes posteriores a O'Higgins, alarmados, ordenaron recuperar para nuestro país el nombre Chile. Véase ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXI, pp. 108 y 109.

**20.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XIV, p. 27. Este decreto del 12 de marzo de 1817 creaba además una junta de notables ante la cual tenían que justificar su conducta todos los que quisieren ser tenidos por patriotas, «el que no lo hiciere quedará sin opción de empleo y perderá el que tuviere». Los notables eran Fernando Urizar Susso, José Agustín Jofré y Manuel Astorga Torres. Urizar y Astorga emparentados con Larrain, el primero a través de Prieto y el último por intermedio de Pérez.

**21.** VILLALOBOS, SILVA, y ESTELLÉ, *Historia de Chile*, cit., tomo III, pp. 412 y 413. Para algunos autores de nuestros días el republicanismo liberal fue básicamente una opción política hecha por el grupo dirigente chileno a fin de legitimar su control del poder político luego de la acefalía del trono español. Véase LEÓN, *Ni patriotas ni realistas. 1810-1822*, cit., p. 97.



viejas tradiciones hispánicas<sup>22</sup>. Este planteamiento más materialista de la existencia proveniente de la ilustración había penetrado con mayor fuerza en sectores de las provincias vascongadas y se expresaba en un voluptuoso deseo de triunfar en la vida<sup>23</sup>, por lo cual, aquellos migrantes deseosos de enriquecerse con rapidez se dedicaban al comercio, residían en las ciudades<sup>24</sup>, consideraban el matrimonio sólo como un negocio más, se casaban preferentemente entre ellos y practicaban una nueva ética burguesa que les permitía realizar negocios mal vistos entonces<sup>25</sup>. Sin embargo, la característica distintiva del vasco llegado a nuestro país en aquella época era la tendencia igualitaria que impide al individuo reconocer superioridad alguna en el prójimo y en consecuencia, lo predispone a rechazar toda autoridad existente por encima de sí mismo<sup>26</sup>.

**22.** EQUIPO PAL, *Historia de España*, Bilbao, Mensajero, 1979, pp. 185 y 186. PHILIP HUGHES, *Síntesis de Historia de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 1958, pp. 249 y 250.

**23.** EQUIPO PAL, *Historia de España*, cit., p. 190.

**24.** Raimundo CHARLÍN CORREA, *Crónica de cuatro siglos*, 2ª ed., Santiago, San Francisco, 1992, p. 14. SIMON COLLIER y WILLIAM F. SATER, *Historia de Chile*, Madrid, Cambridge U.P., 1956, p. 30. SERGIO VILLALOBOS R., *Origen y ascenso de la burguesía chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 1998, p. 63. RAFAEL SAGREDO y CRISTIÁN GAZMURI, *Historia de la vida privada en Chile*, 4ª ed., Santiago, Taurus, 2005, pp. 81 a 83. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo IX, p. 164.

**25.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo IX, pp. 119, 165, 166, 167 y 171, y VILLALOBOS R., *El comercio y la crisis colonial*, cit., se refieren al contrabando de mercadería, tráfico de esclavos negros y préstamos de dinero a interés.

**26.** CARLOS ZARRAGA, «El milenarismo vasco», *El Mercurio* (Santiago), 28 de agosto de 1966, p. E-29. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXIII, p. 217; tomo XXXIV p. 33. La igualdad absoluta, definida como uno de los dos valores metafísicos de la Revolución, es el polo que seduce a la persona orgullosa, quien odia primero el yugo que lo sujeta y luego, odia a la autoridad que impone dicho yugo. Por ese camino, el orgulloso odia todo yugo, toda autoridad y toda superioridad, de cualquier orden que sea, para terminar en un verdadero odio a Dios. Véase PLINIO CORRÊA DE OLIVEIRA, *Revolución y Contra Revolución*, 2ª ed., Santiago, Apóstol Santiago, 1992,

En la segunda mitad del siglo dieciocho la elite burguesa santiaguina mostró su inclinación por el estilo rococó que imponía un notorio afeminamiento tanto de la indumentaria como de los peinados y afeites de los hombres, además de acercar a la igualdad la apariencia de hombres y mujeres al mismo tiempo de aproximarse a la nivelación de las clases sociales a través del traje de mujer<sup>27</sup>.

En Chile, la influencia del rococó se limitó al ropaje de la nueva elite burguesa santiaguina, dejando en evidencia un hecho que ha llamado poderosamente la atención a los investigadores en el sentido que antes de leer a los enciclopedistas dicha elite adoptó modas revolucionarias en el vestir<sup>28</sup>.

Aproximadamente en 1800 la misma elite acogía plenamente el estilo neoclásico fundado en los modelos paganos grecorromanos y renacentistas que introduciéndose agresivamente, no solamente en las vestimentas, sino también en todas las artes, dejaba profunda huella en nuestra arquitectura por la intervención del italiano Toesca y del chileno Goycoolea. De este modo, los nuevos edificios

---

p. 70 a 75.

**27.** Isabel CRUZ DE AMENÁBAR, *El traje. Transformaciones de una segunda piel*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 1996, pp. 115 a 121, 134 a 143 y 150. Los escotes y colores claros reinaban en las vestimentas femeninas, ambas características hasta entonces utilizadas por las mujeres de clases bajas, por eso se habla de nivelación de clases en el rococó.

**28.** *Ibid.*, pp. 194 y 195. Rococó proviene semánticamente de la voz francesa *rocaille* sugiriendo formas irregulares inspiradas en el desordenado aspecto de las rocas marinas que tienen adheridas algas y conchas. Quizá por eso, este estilo prescinde de toda lógica geométrica mostrando la asimetría de perfiles ondulados rematados en penachos, ramificaciones, arborescencias y nudosidades alusivas a lo marino y vegetal, a la «inocente» naturaleza desnuda. En Europa este estilo imperó, más que en la arquitectura, en la vestimenta, en la música y en la pintura, siendo ejemplos de esto último las suites de Couperin, lo pintoresco de Watteau y Fragonard, los colores violentos en la porcelana de Sajonia, el rosa pompadour en la de Sevres, las líneas chinescas en la de Chantilly e introduciendo las sinuosidades en las fábricas de Capodimonte y del Buen Retiro.

atiborrados de columnas entregaban en las ciudades un marco apropiado al «carnaval de desnudez» ofrecido por las matronas y niñas de la elite santiaguina o castellano-vasca que agregaban a sus grandes escotes, tules y sedas transparentes, sandalias y peinados idénticos a los de Grecia y Roma paganas<sup>29</sup>.

En todo caso, la moda neoclásica no traspasó los límites de la burguesía, pues las clases altas provincianas la repudiaron tajantemente y el pueblo la rechazó por considerarla indecente aunque tenía menor costo que la llevada habitualmente por sus miembros. Así entonces «por un fenómeno de mentalidad, el gusto popular actuó también como resistencia al cambio»<sup>30</sup>.

Inspirándose en la inocente naturaleza desnuda, el estilo rococó se aviene con la prosa de Voltaire y con la mentalidad sentimental de Rousseau en tanto el estilo neoclásico, por sus líneas geométricas, armoniza con el culto de la razón y las tendencias antropocéntricas por esos tiempos dominantes, esto, mientras en nuestro país los criollos se mantenían apegados al estilo barroco. En efecto, los hacendados reservaban para determinadas oportunidades los trajes de estilo barroco pasados de padres a hijos, siendo utilizados en los estratos superiores provincianos hasta bien entrado el siglo dieciocho<sup>31</sup>. «La austeridad majestuosa de esa indumentaria, sus líneas abombadas, el predominio del negro como color símbolo fueron fiel trasunto del espíritu que impregnó la Corte de Don Felipe II». «Lujo rígido

---

29. *Ibid.*, pp. 189, 192 a 195. A propósito de los retratos pintados en esos años la autora dice: «con Gil de Castro brotó incontenible la nueva concepción antropológica de la vida [...] la antigua concepción teológica [...] se hizo trizas». El regidor Juan Francisco Larrain Cerda acudía al Cabildo con ropa estilo rococó mientras que se retrataban y según los inventarios de época, poseían vestimentas de estilo neoclásico las hermanas Izquierdo Jaraquemada, Rosario Velasco Oruna, Mercedes Alcalde Bascuñán de Lecaros, Francisca Ovalle Prado, Juana Echaurren Herrera, Antonia Ortúzar de Echenique, Petronila Eyzaguirre Arechavala, Mercedes Aldunate Irrarrázaval, Josefa Aguirre Boza de Larrain etc. (Esta última en GUARDA, O.S.B., *Los Ochocientos*, cit., p.72).

30. CRUZ DE AMENÁBAR, *El traje*, cit., pp. 190, 203 a 206 y 215.

31. *Ibid.*, p. 36. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo VII, p. 19.

de volúmenes acusados, telas oscuras pesadas y tiesas, profusos adornos, imponentes joyas y monumentales peinados femeninos. Todo ello hizo la apoteosis visual de la aristocracia al mostrar con crudeza las diferencias de categorías, y además ocultó los cuerpos a tiempo de revalorizarlos, cubiertos de elegancia»<sup>32</sup>.

Tanto el traje como el resto de las artes presentaban en el barroco rasgos comunes. Las cúpulas bulbosas de las iglesias eran análogas a las formas abombadas de las faldas femeninas, así como las hojarascas de los adornos interiores arquitectónicos y de las telas recamadas de los vestidos se repetían también en los elementos de los bodegones y en los mostrados en las pinturas. Aquel estilo barroco, sucediendo al renacentista se oponía a éste como resultado de un conjunto de inquietudes encaminadas a desplazar la influencia del renacimiento, inquietudes provenientes de la Contrarreforma Católica y expresadas admirablemente en nuestro país por la Compañía de Jesús a través de la enseñanza y del arte. La oposición al estilo renacentista se manifestaba en la amplitud, el movimiento lineal y la riqueza decorativa del barroco, trasuntando sus características, orden y disciplina, buscando por encima de todo, en forma metódica y razonable, glorificar a Dios por medio de las cosas humanas<sup>33</sup>.

A principios del siglo diecinueve todos reconocían el dolor, las enfermedades, la pobreza y la muerte como los males que afligen al hombre en este mundo, pero, a diferencia de los católicos que los atribuyen a la naturaleza humana caída a consecuencia del pecado original, los ilustrados los achacaban a las instituciones o estructuras mal hechas, confiando en que el propio ser humano recurriendo a la razón y al conocimiento de las ciencias físicas estaría en condiciones de ejecutar los cambios y reformas necesarios para eliminarlos<sup>34</sup>.

32. CRUZ DE AMENÁBAR, *El traje*, cit., pp. 35 y 36.

33. *Historia del arte*, Barcelona, Salvat editores, 1981, tomo VIII, pp. 82 a 96. Teresa GISBERT, «El controvertido arte cuzqueño», *El Mercurio* (Santiago), 8 febrero 1987, pp. E-1 y E-7. En su hacienda de Calera de Tango los Jesuitas desarrollaron en Chile el arte barroco trayendo para ello maestros europeos, especialmente de Baviera. Hicieron muebles, relojes, buenos cuadros y finos trabajos de orfebrería.

34. Bernardino BRAVO LIRA, *El absolutismo ilustrado en Hispanoamérica*.



Tal planteamiento ilustrado se funda en la utopía revolucionaria del progreso histórico indefinido que consiste en una supuesta e inexorable marcha del mundo hacia un estado de perfección en la tierra, ofreciendo aquí la felicidad completa a través de la redención del hombre por el hombre y al mismo tiempo, convirtiendo al progreso en una palabra talismán con capacidad de mover a las masas encandiladas<sup>35</sup>.

La elite burguesa santiaguina se identificó de tal manera con las ideas y reformas ilustradas que continuó luchando por ellas, aún después de que tales ideas desaparecieron en España, sin embargo, en nuestro país ello produjo una duradera escisión espiritual con el grueso de la población que mantenía sus hábitos de vida tradicionales<sup>36</sup>.

Se dice que el ethos central del liberalismo es la emancipación individual<sup>37</sup>, es decir, la liberación de aquello que constituye el orden cristiano de la sociedad: la autoridad, la jerarquía y la religión. Porque el individuo que ya rechaza toda autoridad se siente oprimido también por todo orden que regule a la sociedad y en consecuencia, pasa a anhelar la libertad completa<sup>38</sup> en busca de

---

*Chile 1760-1860*, Santiago, Editorial Universitaria, 1994, pp. 21, 32 y 34. Alfredo JOSELYN-HOLT LETELIER, *La independencia de Chile*, Santiago, Mapfre, 1992, p. 270. Jaime EYZAGUIRRE GUTIÉRREZ, *Historia de Chile*, 2ª ed., Santiago, Zig Zag, 1973, p. 225. Véase Martín KRIELE, *Liberación e ilustración*, Barcelona, Editorial Herder, 1982 y José FERRATER MORA, *Diccionario de Filosofía*, 3ª ed., Buenos Aires, 1951, p. 465.

35. BRAVO LIRA, *El absolutismo ilustrado en Hispanoamérica*, cit., pp. 21, 32 y 34.

36. *Ibid.*, p. 25.

37. Robert NISBET, *La formación del pensamiento sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 2009, tomo I, p. 27.

38. CORRÊA DE OLIVEIRA, *Revolución y Contra Revolución*, cit., pp. 70 y 75. La libertad completa constituye el segundo valor metafísico de la Revolución siendo el primero la igualdad absoluta (ver nota 26). Este mismo autor señala que dos son las pasiones que mejor sirven a la Revolución: el orgullo y la sensualidad, vicios éstos opuestos a las virtudes cardinales de la humildad y la templanza. Véase Antonio ROYO MARÍN O.P., *Teología de*

la cual recurre a cambios y reformas, con la infaltable demolición del orden existente.

## 2. Arremetida de la revolución contra el orden católico

El primer día de junio de 1811 se formó el Tribunal de Seguridad Pública integrado por Martín Calvo Encalada, Agustín Eyzaguirre Arechavala y Gabriel José Tocornal Jiménez, empezando inmediatamente a formar causas por la más leve sospecha de descontento contra el nuevo sistema o adhesión al antiguo régimen. Este Tribunal endureció su actividad desde los primeros días de septiembre de ese mismo año, pasando a ser desde ese momento sus víctimas preferidas los eclesiásticos, tanto regulares como seculares, a quienes se les veía ser conducidos a las cárceles, ultrajados de palabra y de obra, despojados de sus vestimentas, modestos dineros y utensilios, y muchas veces estos arrestos eran ejecutados sin orden ni conocimiento de tribunal alguno<sup>39</sup>.

El Congreso de diputados dirigido por fray Joaquín Larrain acordó el 24 de septiembre de 1811 suspender el envío de la cuota de financiamiento eclesiástico para sostener el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición y abolir las contribuciones que pagaban los católicos a los párrocos en calidad de derechos por la inscripción de nacimientos, matrimonios y defunciones. La sesión del 18 de octubre determinó exigir a los conventos la devolución de las dotes integradas por los familiares de las religiosas que formulaban sus votos y también los diputados resolvieron la fundación de cementerios en todas las ciudades y villas para terminar con el entierro de difuntos en los Templos y conventos<sup>40</sup>. Con estas medidas se dejaba a los párrocos sin recursos para subsistir y ejecutar sus funciones, se debilitaba además la vida conventual y se daba un

---

*la perfección cristiana*, Madrid, BAC, 1955, pp. 562 a 583.

39. MARTÍNEZ, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, cit., tomo I, p. 241; tomo II, pp. 29 y 92.

40. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo VIII, pp. 308 a 311

golpe a la autoridad e influencia de la Iglesia en la sociedad. El corte de recursos al Tribunal del Santo Oficio era más bien simbólico, pues este temido Tribunal hacía ya muchos años que había dejado de funcionar en la práctica, lo cual había permitido no sólo la infiltración de revolucionarios en las instituciones tradicionales sino que principalmente, el ingreso de personas de otras religiones, herejes y masones, a la propia Iglesia.

Se decía en esos años que José Miguel Carrera sostenía ante sus amigos que «en Chile no habría patria, mientras no se anduviese a patadas con la Custodia». «Su irreligiosidad e ideas volterianas, que no cuidaba de ocultar, eran mal recibidas por el mayor número y horrorizaba a los devotos»<sup>41</sup>.

Así es que, habiéndose Carrera colocado como presidente de la Junta de Gobierno<sup>42</sup>, disolvió el Congreso el 2 de diciembre de 1811, procedió más tarde a convertir conventos en cuarteles, utilizó en la compra de pertrechos las limosnas reunidas por los religiosos de La Merced<sup>43</sup> y el 26 de octubre de 1812 sancionó el

---

41. Miguel Luis y Gregorio Víctor AMUNÁTEGUI ALDUNATE, *La reconquista española*, Santiago, Imprenta Barcelona, 1912, pp. 31 y 32.

42. Carrera nombró vocales de la Junta por él presidida a José Santiago Portales Larrain y a Pedro José Prado Jaraquemada; miembros del Senado a Pedro Vivar Azúa, fray Camilo Henríquez González, José Gaspar Marín Esquivel, Joaquín Echeverría Larrain, Juan Egaña Risco, Francisco Ruiz-Tagle Portales, José Nicolás de la Cerda Concha, Manuel Antonio Araos Fontecilla, Joaquín Gandarillas Romero y Ramón Errázuriz Aldunate; integrantes del nuevo Cabildo de Santiago a José Agustín Jara Carrera, José Antonio Valdés Carrera, Anselmo de la Cruz Bahamonde, Antonio José Irisarri Alonso, Tomás Vicuña Madariaga, al español Nicolás Matorras, José Manuel Astorga Camus, Baltasar Ureta Carrera, José María Guzmán Ibáñez, Isidoro Errázuriz Aldunate y Juan Francisco Larrain Rojas; secretario de la Junta a Agustín Vial Santelices y secretario de asuntos exteriores a Manuel Salas Corvalán. Es decir, la misma elite santiaguina se mantenía en el gobierno.

43. Domingo AMUNÁTEGUI SOLAR, «Los próceres de la independencia de Chile», *Anales de la Universidad de Chile* (Santiago), 1930, p. 1849. Los conventos transformados en cuarteles fueron los franciscanos de la

reglamento constitucional cuyo artículo primero establecía a la religión Católica apostólica (no romana) como la oficial de Chile, mientras que el artículo quinto dejaba sin efecto todo decreto u orden emanado de cualquier autoridad instalada fuera del territorio chileno. La referencia al Romano Pontífice aún preso en las garras de Buonaparte no podía ser más explícita, sobre todo que el artículo tercero del mismo reglamento proclamaba Rey de Chile a Don Fernando VII, concediéndole a la Junta de Gobierno la función de gobernar a nombre del mencionado monarca.

La Junta envió copias del reglamento constitucional al Obispo de Concepción Monseñor Navarro Martín de Villodres y al Vicario Capitular de Santiago Monseñor Rodríguez-Zorrilla recién instituido por carta de ruego y encargo expedida por el Consejo de Regencia de España. En la copia enviada a Concepción se tomó la precaución de agregar la palabra «romana» después de Católica apostólica, razón por la cual Monseñor Navarro Martín de Villodres reclamó solamente por el contenido del artículo quinto, pero más tarde, cuando el Obispo se enteró de que en la versión oficial se había suprimido la palabra Romana, reclamó enérgicamente ante la Junta «pero solo consiguió del gobierno la promesa de recibir una muerte violenta, y correr así la misma suerte que el Obispo de Buenos Aires»<sup>44</sup>.

Mientras tanto, el Vicario Capitular de Santiago Monseñor Rodríguez-Zorrilla se negaba a jurar el reglamento constitucional y por eso el gobierno lo declaraba reo de Estado, amenazando con desterrarlo<sup>45</sup>.

---

Recoleta Dominica y el de San Diego.

44. MARTÍNEZ, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, cit., tomo II p. 99. El Obispo de Buenos Aires Monseñor Lue falleció a consecuencia del forzado encierro a que fue sometido por los liberales argentinos que además condenaron a muerte al Obispo de Córdoba Monseñor Orellana, y a prisión y confinamiento al Obispo de Salta Monseñor Videla Pino. Véase Fabián ONSARI, *San Martín, la logia Lautaro y la francmasonería*, Buenos Aires, Supremo Consejo del Grado 33, 1964, pp. 130 y 131

45. MARTÍNEZ, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, cit., tomo II, p. 99.

En agosto de 1812 Carrera envió a Juan Antonio Díaz Muñoz a disolver la Junta de Gobierno penquista y nombrar gobernador intendente de Concepción a Pedro José Benavente Roa asesorado por el presbítero Julián Uribe Rivas, sin embargo –advierte Encina– Concepción seguía siendo monárquica como lo había sido siempre<sup>46</sup>, así es que las reformas efectuadas por el intendente Benavente: la supresión del Hospital de Santa Bárbara atendido por los abnegados religiosos franciscanos, la suspensión de las Misiones privando a los indios de la asistencia espiritual, y la desviación de los fondos del Rey destinados hasta ese momento a sostener el Seminario de Chillán, cayeron muy mal en los criollos penquistas que veían cómo estos últimos fondos se perdían en Santiago con el pretexto de fundar un colegio militar para oficiales<sup>47</sup>.

El brigadier de la Real Armada don Antonio Pareja y Serrano, natural de Cabra, Andalucía, enviado por el Virrey del Perú fundó el 18 de enero de 1813 en Ancud con 50 soldados veteranos y algunos oficiales que se encargaron de adiestrar a 1.400 voluntarios chilotes. Con ellos partió Pareja a Valdivia donde agregó 700 hombres y 12 cañones ofrecidos por las autoridades locales que recibieron al brigadier alborozadas. Contando ya con 3.000 soldados el ejército de Pareja salió el 24 de abril de 1813 de Concepción, dejando allí de gobernador al Obispo don Diego Antonio Navarro Martín de Villodres, dirigiéndose en seguida hacia Chillán y después, el 24 de abril, entrando sin combatir a Linares cuando ya su ejército alcanzaba a los 5.000 soldados que eran recibidos como libertadores por los criollos sureños.

Mientras tanto José Miguel Carrera investido por el Senado general en jefe del ejército, acompañado por Poinsett, llegaba el 2 de abril de 1813 a Rancagua donde sus moradores de raza blanca eran partidarios del Rey y los mestizos, revolucionarios, así es que engrosó con estos últimos sus milicias y envió a la capital en calidad de reos a los más destacados monárquicos. Igual cosa hizo Carrera al día siguiente en San Fernando y el 4 en Curicó, que desde ese día

---

46. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XI, p. 162.

47. MARTÍNEZ, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, cit., tomo II, pp. 112 y 113.

pasó a ser considerado uno de los pueblos más patriotas del país ya que ocho personas se declararon revolucionarias por lo cual el general dejó en el cargo de gobernador a José Antonio Mardones Arriagada y al progenitor de este, coronel de milicias, dedicado a reclutar forzosamente a los huasos, en tanto Carrera continuaba su viaje arribando a Talca al anochecer del 5 de abril, encontrando allí una atmósfera glacial y no más de seis revolucionarios. Aquí lo esperaba Bernardo O'Higgins que se sumió en explicaciones por no llevar consigo ningún miliciano, argumentando que cuando había entrado a Los Ángeles a reunirlos se había encontrado con que todos eran partidarios del Rey y querían enrolarse voluntariamente en el ejército de Pareja<sup>48</sup>. Algo parecido ocurrió en Chillán, Quirihue y Parral, donde los hombres en edad de cargar armas se incorporaron voluntariamente a las filas monárquicas<sup>49</sup>.

En vista del escaso contingente reclutado voluntariamente en los cuerpos armados revolucionarios, la Junta decretó en Santiago el 6 de abril de 1813 la conscripción obligatoria y solo así Carrera pudo reunir junto al Maule un ejército de 4.600 soldados<sup>50</sup>, la mayoría de ellos con tan poco interés en la causa patriota que en el campamento se hizo necesario ofrecer gratificaciones a cada hombre que hiciese prisioneros y se apoderase de armas de los chilenos monárquicos, de manera que únicamente así los soldados se entusiasmaban por

---

48. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XI, p. 192. ORREGO LUCO, *La Patria Vieja*, cit., tomo II, pp. 234 a 236; FÉLIX MIRANDA SALAS, *Historia de Rancagua*, Santiago, Andujar, 1999, p. 42; Tomás GUEVARA, *Historia de Curicó*, Santiago, Andujar, 1997, pp. 75 a 77. Los revolucionarios curicanos, además de los Mardones, padre e hijo, eran: Juan Francisco Labbé Ruiz de Gamboa, el español Isidoro de la Peña, Dionisio Perfecto Merino Urzúa, Pedro Pizarro Bustamante, Diego Donoso y el escribano de Curicó Fernando Olmedo. José Antonio Mardones enroló forzosamente a 700 huasos de los alrededores para formar las milicias ya que la villa de Curicó no tenía más que 300 habitantes. Gustavo Opazo no cita más que a cinco revolucionarios talquinos.

49. ORREGO LUCO, *La Patria Vieja*, cit., tomo II, pp. 238 y 239.

50. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo IX p. 45. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XI, p. 196.



permanecer en el ejército revolucionario, pero, se quedaban como un medio de robar a su antojo al que se les pusiera por delante<sup>51</sup>. Esta forma de entusiasmar a los soldados con gratificaciones en dinero o mediante el botín fue la causa por una parte de la deserción<sup>52</sup>, y por otra del pillaje, crímenes y saqueos con que el ejército de Carrera y en seguida de O'Higgins, asoló el territorio comprendido entre Santiago y Arauco durante toda la campaña de 1813 y 1814.

Agrega Encina que aunque Pareja requisaba, como en toda guerra, los elementos necesarios para la movilización y el alimento del ejército monárquico, especialmente en las haciendas enemigas, su marcha desde Chillán al Maule se realizó con orden. Por el contrario, el ejército de Carrera desde que salió de Santiago «empezó a saquear las viviendas de los campesinos y a robarles sus ganados [...]. Correspondió a los patriotas la iniciativa de los merodeos y las depredaciones cometidas por los soldados» y termina el mismo autor recordando que como resultado de todo ello, muchos campesinos huían hacia las montañas llevándose su familia y los pocos animales que habían logrado salvar<sup>53</sup>.

Resultado de esta primera parte de la guerra independentista fue que la mitad austral del país se plegó en masa a la causa del Rey,

**51.** ORREGO LUCO, *La Patria Vieja*, cit., tomo II, pp. 246, 311, 330 y 331; BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo IX, p. 60.

**52.** BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo IX, p. 77. LEÓN, *Ni patriotas ni realistas. 1810-1822*, cit., p. 135.

**53.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXII, pp. 57 y 58. Otro autor señala que Carrera comisionó a algunos individuos para conseguir caballos, pues el gobierno de Santiago no se los enviaba y tales individuos torturaban y asesinaban a hacendados y campesinos para obtener datos acerca de los lugares donde las víctimas escondían las buenas cabalgaduras. Pero, al parecer, a dicha búsqueda se sumaba la soldadesca en procura de bienes para robar, porque el mismo autor agrega: «las aldeas quedaban desiertas, las campiñas despobladas, los campesinos huían llevando a las montañas el rebaño y los enseres con los cuales podían escapar». Así, «los grandes propietarios veían destruidas y taladas sus fincas, los pobres campesinos veían incendiadas sus viviendas». Véase ORREGO LUCO, *La Patria Vieja*, cit., tomo II, pp. 321 a 323.

quedando la provincia de Concepción assolada y en las que habían sido sus florecientes haciendas sólo se veían ranchos quemados donde se guarecían algunas mujeres ultrajadas por bandas enteras, y grupos de muchachitos desnudos y hambrientos. Los hombres que no habían huido a las montañas pasaron a integrar las guerrillas monárquicas<sup>54</sup>.

Para hacernos una idea del desastre económico que significaba para nuestro país el inicio de la revolución independentista recordemos que los preparativos militares habían costado a la Junta de Gobierno de Santiago 329.300 pesos hasta fines de agosto de 1813 y Carrera, por su cuenta, había gastado en el sur 555.700 pesos a igual fecha, casi triplicando la suma de ambos el presupuesto normal de la nación, mientras que el brigadier Pareja durante el mismo período había gastado de las cajas reales sólo 218.000 pesos<sup>55</sup>.

No se consideran aquí las enormes pérdidas sufridas por las haciendas con la destrucción de las casas y bodegas, el robo de ganado y la fuga de los campesinos. Siendo la hacienda el sostén de la familia de tipo patriarcal, tanto en el estrato de los patrones como en el de los inquilinos, su ruina significó el debilitamiento de la institución familiar vigente.

Por otra parte, los funcionarios nombrados por Carrera para gobernar en nombre de la patria la comarca ubicada entre el Maule y el Bío Bío degeneraron, según Encina, en una gavilla de ladrones desvergonzados que se adueñaron de los bienes de los que no tenían poder suficiente para hacerse respetar, destacándose en la comisión de esos delitos el subdelegado de Quirihue Raimundo Prado, el coronel Fernando Vega Bravo y su hijo Manuel Vega Barriga, el teniente Juan Nicolás Carrera Aguirre y el propio comandante Juan José Carrera Verdugo, quien ordenó saquear y quemar la casa de las señoras Ormeño al sur del río Chillán donde este jefe se había alojado en la noche anterior<sup>56</sup>. «Llenaríamos capítulos –añade Encina– con

54. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XII, p. 21.

55. *Ibid.*, p. 30.

56. *Ibid.*, tomo XII, pp. 6 y 7.

la vergonzosa estela de depredaciones, robos, incendios y crímenes de toda naturaleza que el ejército patriota iba dejando tras de sí»<sup>57</sup>. Detrás de las tropas de Carrera, bandas de salteadores, tal vez formadas en muchos casos por desertores, empezaron a recorrer la provincia de Concepción de un extremo a otro, llevándose en nombre de la patria los animales que escapaban a la rapacidad de agentes y funcionarios, violando a las mujeres y poniendo fuego a los ranchos donde se les oponía alguna resistencia<sup>58</sup>.

Tenemos así que las primeras víctimas de la guerra civil fueron el clero católico y los habitantes de las haciendas provincianas, pues en realidad, el proceso independentista chileno no fue otra cosa que una cruenta guerra civil que demolió el orden cristiano de nuestra sociedad y arruinó al país económicamente.

En marzo de 1814 al retirarse el ejército de O'Higgins y Mackenna de Membrillar al Maule, cometió tales atrocidades que se las recordaría durante los cincuenta años siguientes. En el camino que recorrieron las tropas de ambos próceres no quedaron otros granos ni otras aves de corral que las que las mujeres pudieron llevar consigo en su fuga a las montañas y a los cerros. «Los soldados saqueaban las casas de los miserables sin dejarles lo necesario para la subsistencia»<sup>59</sup>.

Por decreto del 27 de noviembre de 1813 la Junta de Gobierno designó a O'Higgins general en jefe del ejército revolucionario ante la renuncia a esta jefatura de José Miguel Carrera, quien habiendo pedido refuerzos que no pudieron reunirse, procedió a echarle la culpa de sus fracasos militares a los curas y frailes<sup>60</sup>. Pasados treinta

---

57. *Ibid.*, p. 6.

58. *Ibid.* La desertión afectó a ambos ejércitos pero en el revolucionario tomó caracteres más importantes. Por ejemplo en agosto de 1813, según Carrera, de los 200 hombres que tenía una división quedaron solo 70; durante la batalla de Rancagua desertaron 1.200 milicianos; en 1814 más de 1.400 hombres desertaron en Cancha Rayada del ejército revolucionario. Véase LEÓN, *Ni patriotas ni realistas. 1810-1822*, cit., pp. 227 y 235.

59. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo, XXII p. 58; tomo, XII p. 96.

60. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo IX, p. 133.

días de los cambios en la jefatura del ejército revolucionario chileno, en Europa era liberado Don Fernando VII y en Lima el Virrey Abascal preparaba el envío de 200 soldados a Chile bajo el mando del brigadier Gabino Gaínza que venía a reemplazar al coronel don Juan Francisco Sánchez quien comandaba interinamente al ejército del Rey en Chile desde el fallecimiento del brigadier Pareja<sup>61</sup>.

Durante el año 1814 se enfrentaron en diez batallas monárquicos criollos y revolucionarios, sufriendo estos últimos contundentes derrotas<sup>62</sup>, sin embargo, otros acontecimientos imprimían un especial sello de crueldad y ensañamiento a esta guerra civil que ya duraba dos interminables años.

A fines de octubre de 1812 José María y Nicolás Carrera Aguirre recorrían las calles santiaguinas golpeando a quienes se negaban a jurar el reglamento constitucional. Estos siniestros personajes asesinaron a José Antonio Cardemil Arancibia únicamente por ser monárquico y para robar algunos de sus bienes<sup>63</sup>. El 25 de marzo de 1814 junto a la margen derecha del río Lontué, el oficial revolucionario Ramón Gormaz torturó a prisioneros monárquicos

---

**61.** El brigadier Pareja murió por enfermedad en Chillán, mayo de 1813. Entre abril y octubre de 1813 se llevaron a cabo dieciséis batallas entre monárquicos y revolucionarios. Los partidarios del Rey robustecían sus fuerzas con las numerosas guerrillas criollas capitaneadas, entre otros, por Elorreaga, Hermosilla, Quintanilla, Olate, Urrejola, Lantaño, y don Gregorio del Valle, párroco de Hualqui. En 1813 se dieron las siguientes batallas: Yerbas Buenas, San Carlos, Talcahuano, Huilquilemu en mayo, San Javier, Ñuble, Itata, Chillán el 3 de agosto y el 5 de agosto, Quirihue, Cauquenes, Arauco, Huilquilemu 28 de agosto, Nacimiento, El Roble y Trancoyán.

**62.** Se destacaron los guerrilleros monárquicos Olate, Castilla, Plaza de los Reyes, Elorreaga, Baraña, Calvo y Lantaño. Las batallas efectuadas en 1814 fueron: Domiñuelo, Cucha Cucha, Gomero, Penco, Talca, Quilo, Membrillar, Cancha Rayada, Quechereguas y Rancagua.

**63.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XI, p. 176 y 180. Entre los agredidos se recuerda a Ramón Mariano de Aris y al capitán Joaquín Gamero Toro-Zambrano. José Antonio Cardemil, por su parte era casado con doña Mercedes Bravo de Naveda y Garcés.

pertenecientes a la guerrilla de Calvo y para finiquitar los crueles tormentos cortó las orejas de sus compatriotas que se mantenían leales al Rey<sup>64</sup>.

El 8 de agosto de 1813 una partida guerrillera monárquica liberó en Florida a ochenta criollos penquistas encarcelados y engrillados solamente por haber manifestado su adhesión a la causa del Rey. Entre los prisioneros había diecisiete eclesiásticos y un buen número de hacendados de la provincia<sup>65</sup>.

Al retirarse de Chillán con su mermado ejército, Carrera decidió establecerse en Concepción donde apresó a numerosos habitantes de la ciudad, ordenando ejecutar a 26 de ellos por simples sospechas de fraguar un supuesto complot. Pero, demostrando una absoluta ausencia de valores caballerescos mandó presenciar la ejecución a las esposas de los acusados a quienes también mantenía prisioneras, todos los cuales pertenecían a la clase alta de Concepción<sup>66</sup>.

---

64. GUEVARA, *Historia de Curicó*, cit., p. 80.

65. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo IX, p. 119. Existe una lista de los frailes presos después del 23 de julio de 1814 donde aparecen apresados en Santiago 85 regulares: 38 franciscanos, 17 mercedarios, 19 dominicos y 11 agustinos. Véase Cristián GUERRERO LIRA, *La contrarrevolución de la independencia*, Santiago, Editorial Universitaria, 2002, p. 83.

66. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XII, pp. 20, 53, 54 y 105. Entre los partidarios del Rey colgados en la horca se encontraban: don Santiago Tirapegui Salas y don José María Plaza de los Reyes y Salcedo, ambos chilenos, el primero casado con doña Mercedes de la Cuesta y Bicourt, mientras que el segundo, soltero, era hijo del coronel de milicias, también chileno, don Martín Plaza de los Reyes y Santillana, todos ellos de familias muy bien vinculadas en Concepción. Entre las señoras apresadas por Carrera se hallaban doña Carmen Díaz de Lavanderos y Verdugo casada con don Francisco de Urrejola y Leclerc, doña Josefa de Salcedo y Ugalde de la Concha madre del antes citado don José María Plaza de los Reyes, doña Andrea de Quintana y Bravo de Villalba casada en 1807 con don Juan José de la Maza y Quintana, doña Mercedes Arias de Molina, doña Rosario Henríquez de Novoa, doña Juana y doña Tomasa de Santa María y Baeza Torquemada.

Sin embargo, algo más profundo diferenciaba a los ejércitos participantes en la guerra civil independentista. Los monárquicos recibían la Comunión antes de participar en batalla. En San Carlos un sacerdote recorría las filas de los defensores del Rey predicando con un crucifijo en la mano<sup>67</sup>. En Chillán, los Franciscanos cantaban las letanías a la Santísima Virgen mientras arreciaba el cañoneo revolucionario<sup>68</sup>. Muy distinto a los campamentos de las tropas de Carrera donde, según establece Amunátegui, «no se decía nunca Misa ni se tributaba a Dios ninguna especie de culto»<sup>69</sup>.

En el terreno de las ideas, es preciso recordar que en agosto de 1810 circularon sigilosamente entre una decena de miembros de la elite burguesa santiaguina copias manuscritas del «Catecismo político cristiano» conteniendo simples preguntas y respuestas negando el origen divino del poder monárquico y, afirmando en cambio, que el mejor gobierno es el republicano democrático fundando tal afirmación en el mito que en este sistema «manda el pueblo». Finalizaba este documento anónimo denostando a «los malvados maturrangos». En realidad los revolucionarios chilenos nunca le dieron participación alguna a los sectores populares en el proceso revolucionario, reservando en todo momento para la elite burguesa santiaguina la totalidad del gobierno del país. Muy distinta fue la actitud de los revolucionarios frente al poder del Rey ya que hasta el 3 de mayo de 1814, fecha en la cual se firmó el tratado de Lircay, el gobierno de Chile reconoció siempre la soberanía de Don Fernando VII y a nuestro país como integrante de la monarquía española. Por el lado patriota firmaron dicho tratado O'Higgins y Mackenna y fue aprobado el 5 de mayo por el director supremo Francisco de la Lastra y por el Senado<sup>70</sup>.

El 14 de febrero de 1814 apareció en Santiago el primer número

67. ORREGO LUCO, *La Patria Vieja*, cit., tomo II, p. 242. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo IX, p. 76.

68. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., p. 112.

69. AMUNÁTEGUI ALDUNATE, *La reconquista española*, cit., pp. 36 y 37.

70. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XII, p. 105. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo IX, pp. 321 y 327.

de la Aurora de Chile dirigida por fray Camilo Henríquez tomando como orientación ideológica la independencia del país, sin embargo, muy poca circulación tenía la Aurora de Chile comparada con la Gaceta Jocosa que solamente publicaba datos prácticos y duró desde 1802 hasta 1815. La Aurora de Chile se dejó de publicar en octubre de 1814<sup>71</sup>.

En la misma medida en que avanzaba hacia el norte el ejército de don Mariano Osorio, circulaba en el cada vez más amplio territorio reconquistado por los monárquicos la Pastoral suscrita en Lima por el Obispo de Concepción el 13 de enero de 1814. En ella denunciaba que el germen de la revolución aparecida en nuestra patria en 1810 estaba impregnado por las ideas de Voltaire y Rousseau, así como los caminos y fines de tal movimiento se asemejaban a la Revolución Francesa<sup>72</sup>.

Leyendo las palabras del Obispo refugiado en Lima quedaba claro para los católicos chilenos que tanto la devastación de las provincias sureñas cometida por Carrera y O'Higgins, como los crímenes, vejaciones y torturas ejecutados por la soldadesca que se autodenominaba patriota, formaban parte de un proceso que imitaba las mismas etapas de terror y destrucción seguidas por la Revolución Francesa.

### 3. Invasión extranjera y dictadura

El ejército de 4.000 plazas que cruzó la Cordillera de Los Andes a fines de enero de 1817 traía numerosos oficiales extranjeros<sup>73</sup> y entre sus soldados marchaban negros y mulatos que habían sido esclavos, pero venían poquísimos chilenos, pues el general José San Martín Matorras había fracasado en Mendoza al querer formar un

---

71. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo VIII, p. 370.

72. Fernando CAMPOS HARRIET, *Historia de Concepción*, 4ª ed., Santiago, Editorial Universitaria, 1989, p. 176.

73. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo XII, p. 66. Muchos oficiales extranjeros contratados.

batallón de chilenos con los emigrados en 1814<sup>74</sup>. Como escasearon los chilenos interesados en ingresar al ejército, el general argentino finalmente optó por crear una «legión patriótica» con un puñado de chilenos que hizo las veces de columna exploradora<sup>75</sup>. El grueso del ejército argentino entró por el valle de Aconcagua, una columna capitaneada por Freire atravesó por el paso del Planchón<sup>76</sup> y otra columna comandada por el argentino José Miguel Cabot, penetró en Atacama para imponer la revolución liberal. A nombre de la libertad, Chile había sido invadido.

En Copiapó los argentinos apresaron a fray Ignacio de Aguirre y Quezada, Provincial de los Mercedarios, y a una veintena de miembros de las familias monárquicas de la comarca, casi todos hacendados, enviándolos desterrados al otro lado de la Cordillera, mientras los invasores saqueaban las moradas de muchos vecinos, apoderándose de sus bienes y enviándolos a guisa de botín particular a San Juan, Argentina<sup>77</sup>. En el sur, Freire, Gregorio y Cienfuegos recorrían los campos quitando sus alimentos a los campesinos y los rebaños a los hacendados. No contento con eso, José Cienfuegos Henríquez atravesó el Bío Bío adueñándose en territorio araucano de los animales de los indios, raptando a sus mujeres y robándoles sus magros bienes<sup>78</sup>.

74. *Ibid.*, tomo IX, p. 456. Los derrotados revolucionarios chilenos que en 1814 emigraron a Mendoza eran 3.000.

75. *Ibid.*, tomo X, pp. 260 y 361; tomo XI, p. 19.

76. En la columna de Freire venían 80 infantes, 25 granaderos, todos ellos argentinos y un puñado de chilenos encabezados por Antonio Merino Urzúa.

77. Carlos María SAYAGO, *Historia de Copiapó*, 3ª ed., Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1967, pp. 285 a 293. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo X, p. 402, nota 28. Aquí aparecen dos familias Aguirre que no tienen parentesco entre sí: la de fray Ignacio corresponde a los Aguirre conquistadores mientras que la ligada a Larrain, otro de los protagonistas de la masacre de Chalinga, proviene de un inmigrante del siglo dieciocho enriquecido en el comercio.

78. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo XI, p. 103. LUIS VALENCIA AVARIA, «Tentativas de paz con los indígenas en 1817»,

Según lo dejó escrito, el propio O'Higgins pudo constatar personalmente en abril de 1817, primero, que los chilenos permanecían leales a la monarquía, y segundo, que los soldados veteranos del ejército argentino desertaban en gran número y luego recorrían nuestro territorio en todos los sentidos dejando una estela de saqueos, incendios y asesinatos anónimos, «sumiendo al país en la más espantosa anarquía»<sup>79</sup>. Esta deserción masiva de soldados argentinos en el ejército de San Martín, repetía en 1817 la deserción ocurrida en el ejército revolucionario chileno en 1814, pareciendo así que fugarse de los cuarteles era en aquellos años una característica de los revolucionarios que no soportaban la obediencia ni la jerarquía propias de todo ejército disciplinado.

Negando palmariamente la existencia de la tan cacareada fraternidad entre argentinos y chilenos, otro hecho relatado por Barros Arana nos hace saber que los oficiales del ejército argentino sentían por nuestro país un altanero desprecio y por tal causa, criticaban las costumbres austeras y sencillas de los chilenos, sus inclinaciones aristocráticas y especialmente, sus creencias religiosas<sup>80</sup>.

Otra situación que separaba cada vez más a argentinos y chilenos era la transformación de soldados en bandidos. Ella se manifestó con todos sus negativos efectos cuando la división del ejército argentino comandada por el coronel José Gregorio Las Heras partió hacia Concepción recibiendo instrucciones –que quedaron escritas– acerca de la manera de tratar a los chilenos de la región por la cual atravesaría dicha división: «exprimirlos para hacerlos vomitar todo lo que tengan» y así mantener a los soldados invasores<sup>81</sup>.

También constituyó un factor de conflicto al interior del ejército de San Martín la existencia de la logia lautarina a la cual pertenecía casi toda la oficialidad. Sobre el origen de esta logia identificada con las ideas liberales imperantes en Europa, varios autores concuerdan

---

*Revista Zigzag* (Santiago), n. 2891 (1960), pp. 40 a 43.

**79.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XIV, p. 47.

**80.** BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo XI, p. 52.

**81.** CARLOS VALENZUELA SOLÍS, *Historia de Colchagua*, Santiago, Andujar, 1998, p. 203.

en que ella no estaba afiliada como tal a la masonería, pero, quienes ingresaban a la logia lautarina tenían que cumplir como requisito previo para ser aceptados, pertenecer a una logia masónica establecida<sup>82</sup>.

En enero de 1818 O'Higgins, sin haber podido tomar Talcahuano defendido por apenas 1.600 chilenos monárquicos, dirigió la retirada del ejército revolucionario, mayoritariamente argentino, pero contando ya con algunos chilenos en sus filas. Duramente se han referido los historiadores a aquella retirada en la cual los «patriotas» ya no se contentaron con apropiarse de los bienes de los criollos, sino que, durante todo el recorrido hasta llegar al Maule, asesinaban a todo civil chileno que encontraban a su paso, llevándose los revolucionarios lo más que podían cargar e incendiando lo demás. Casas bodegas y sembrados quedaron convertidos en ruinas humeantes y los cadáveres de los criollos yacían desparramados e insepultos<sup>83</sup>.

Mientras tanto en el norte, en marzo de 1818 los indios que habían sido agrupados en el poblado de Chalinga entraron al cercano Illapel avivando al Rey lo cual enfureció al recién designado gobernador que consideró esto una afrenta al nuevo régimen liberal y pidió refuerzos a Santiago, acudiendo una partida de milicianos bajo las órdenes de Gabriel Larrain Aguirre que, de inmediato, se les envió a reprimir a los indios partidarios del Rey. Tan dura resultó dicha represión que se transformó en una masacre y a los pocos aborígenes sobrevivientes el gobernador ordenó desterrarlos a Cuyo etiquetándolos para tales efectos como «españoles».

---

82. Jaime EYZAGUIRRE GUTIÉRREZ, *La logia lautarina*, Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1873, pp. 1 a 19. ONSARI, *San Martín, la logia Lautaro y la francmasonería*, cit., pp. 77 a 110. Alcibiades LAPPAS, *La masonería argentina*, Buenos Aires, 1966 p. 58. EQUIPO PAL, *Historia de España*, cit., p. 244. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XIV, p. 127. VILLALOBOS, SILVA y ESTELLÉ, *Historia de Chile*, cit., tomo III, p. 411.

83. Julio RETAMAL ÁVILA, *Estudios coloniales*, Santiago, A. Bello, 2000, p. 120. Gobernador de Illapel era Tomás Echavarría, SAYAGO, *Historia de Copiapó*, cit., pp. 285 a 293. Los exiliados de Copiapó eran los prisioneros tomados por la columna del ejército argentino comandada por Cabot.



En el camino al destierro los milicianos, con sus prisioneros de Chalinga, se encontraron con una caravana procedente de Copiapó que conducía a otros prisioneros, también falsamente etiquetados como españoles, pues eran chilenos, católicos y partidarios del antiguo régimen, y por eso iban exiliados<sup>84</sup>.

Sin considerar todavía a las tribus araucanas y pehuenches que veremos más adelante, además de Chalinga, se dieron a favor del Rey otros levantamientos indígenas en Pomaire, Talagante, Tagua Tagua y Santa Juana que han sido poco estudiados<sup>85</sup>.

A lo largo de todo el territorio chileno los indígenas sufrían los crímenes y saqueos cometidos por los soldados revolucionarios. En el sur, más allá del Bío Bío, la antedicha expedición de Cienfuegos había despertado en los araucanos un odio terrible contra los revolucionarios enemigos del Rey. «Bastaba nombrar a los patriotas para que estallaran con toda su cólera de salvajes»<sup>86</sup>.

Francis Coffin, un comerciante norteamericano que se encontraba en aquellos años en Chile, presenció y tomó nota de los efectos generados por las tropelías cometidas por el ejército argentino contra los criollos habitantes de los villorrios rurales, efectos agravados por los robos y saqueos ejecutados por los nuevos funcionarios del régimen liberal recién instalado en nuestro país. Según Coffin «creían en los pueblos que la guerra se había convertido en una lucha de exterminio en la que, si vencían los patriotas, estos no darían cuartel ni a los más infelices, así es que los habitantes de los pueblos huían en grupos, en su mayor parte mujeres y niños, sin rumbo fijo. A algunas se las veía salir con uno o dos chiquillos y llevando en la mano sus útiles de cocina»<sup>87</sup>. Así

---

**84.** LEÓN, *Ni patriotas ni realistas. 1810-1822*, cit., pp. 277 y 407. En la plaza fronteriza de Santa Juana se sumó la plebe a los indios del lugar y juntos se tomaron Santa Juana dando vivas al Rey en agosto de 1817.

**85.** VALENCIA AVARIA, «Tentativas de paz con los indígenas en 1817», *loc. cit.*, pp. 42 y 43.

**86.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXII, p. 62.

**87.** JOSÉ ZAPIOLA CORTÉS, *Recuerdos de treinta años*, 9ª ed., Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1974, pp. 90 y 91.

miraban los chilenos provincianos de aquella época la revolución independentista triunfante en la batalla de Chacabuco, ocurrida el 12 de febrero de 1817.

En la capital, entretanto, se iniciaba el macabro espectáculo de las ejecuciones públicas de los católicos partidarios del Rey<sup>88</sup> que ya habían perdido sus bienes, pues de las moradas de los que se habían opuesto a la revolución salían carretas cargadas con las cosas secuestradas, como se decía entonces a los objetos requisados, y a veces, esas carretas se perdían antes de llegar a las arcas fiscales<sup>89</sup>. Joyas y artículos valiosos, así como bienes inmuebles que habían pertenecido a los chilenos monárquicos, se repartían alegremente entre los jefes revolucionarios. Miembro de la recién formada comisión de secuestros era Fernando Errázuriz Aldunate, que se quedó con una de las mejores casas confiscadas<sup>90</sup>.

Porque apenas pisó tierra chilena el 8 de febrero de 1817 el general Miguel Estanislao Soler, jefe del Estado Mayor del ejército de los Andes, proclamó que ese ejército venía a hacerle la guerra a los enemigos de América y en consecuencia, «todo individuo de cualquier clase o condición que se muestre neutral a la causa de América se considerará traidor a la Patria y sus bienes serán inmediatamente confiscados y aplicados a los gastos de guerra»<sup>91</sup>.

---

88. *Ibid.*, p. 118.

89. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo IX, pp. 18 y 19. ZAPIOLA CORTÉS, *Recuerdos de treinta años*, cit., pp. 118 y 282.

90. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XIV, p. 46. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo XI, pp. 47 a 61.

91. LEÓN, *Ni patriotas ni realistas. 1810-1822*, cit., pp. 392 y 393. Los principales protagonistas de la revolución independentista chilena sostenían principios liberales durante el siglo diecinueve. Manuel Salas, Bernardo O'Higgins, Juan Martínez de Rozas, los religiosos Juan Pablo Fretes, Camilo Henríquez, los hermanos Larraín Salas y monseñor Ignacio Víctor Eyzaguirre Portales. Entre las ideas liberales hay que recordar la libertad completa, la igualdad absoluta, el progreso, la filantropía y el americanismo que se extremó en tiempos de Pinto Garmendia y Santa María González. Véase Bernardo SUBERCASEAUX, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1997, tomo I, pp. 17 a 19, 23, 28,



Así es que a los chilenos les quedaba de antemano completamente claro quienes serían otra vez «exprimidos» para financiar los gastos de guerra generados por las mayores ambiciones americanistas acariciadas por el general San Martín.

En carta del 8 de mayo de 1817 dice O'Higgins a Cienfuegos en forma textual: «Para entusiasmar a sus soldados, ofrézcales Us. el saqueo en Arauco de todas las propiedades de los enemigos de nuestra causa»<sup>92</sup>. Recordemos que las autoridades revolucionarias ya habían consagrado en 1814 la modalidad bélica del saqueo para incentivar mediante el botín la participación popular y el destino de los bienes de los criollos monárquicos. Después de Chacabuco, ni revolucionarios ni monárquicos escatimaron esfuerzos para sembrar de nuevo el espanto en la población civil. Ambos ejércitos fueron eficaces en la implementación de una política de terror. La población civil que con sus haciendas y trabajo debía alimentar y sostener a los combatientes vivía en el peligroso filo de una espada. En cualquier momento podía dejarse caer sobre su rancho una partida de desesperados fugitivos criollos, de briosos guerrilleros monárquicos o de extranjeros soldados profesionales. Estos últimos sembraban el terror entre todos los habitantes chilenos de la campiña, porque violaciones, estupro, saqueos, secuestros y muertes eran las caras menos gloriosas de los lances de la soldadesca. Chile central atravesaba en esos momentos por un período de profunda convulsión que imprimía con fuego y sangre en la memoria de sus habitantes el recuerdo de una guerra despiadada<sup>93</sup>.

A pesar de la pena de muerte impuesta al que no entregare los caballos que tuviere, los vecinos del partido de Talca se ocultaron en los montes con cuantos caballos pudieron; y habiéndose reunido allí, formaron sus partidas de guerrillas con las pocas armas que habían podido ocultar<sup>94</sup>.

La mayor parte de los guerrilleros populares apoyaron la causa

---

51, 53, 67, 68, 71, 214 y 235.

**92.** LEÓN, *Ni patriotas ni realistas. 1810-1822*, cit., p. 412.

**93.** *Ibid.*, p. 410.

**94.** *Ibid.*, p. 436.

del Rey y se plegaron a las partidas de fugitivos que se desplazaban a las aldeas fronterizas en las orillas del río Bío Bío, haciendo decir a Manuel Rodríguez en carta a O'Higgins escrita en San Fernando el 3 de marzo de 1817: «estamos sembrados de monarquistas, es preciso limpiar el reino...»<sup>95</sup>. Desde Colcura, el 6 de julio de 1817 Freire le pedía a O'Higgins que mandara incendiar dicho pueblo y castigara a sus habitantes con las más duras penas. Por su parte, poco después, el ministro Zenteno exigía desde Santiago «bandera negra señor, no se de cuartel ni quede un prisionero de ellos entre nosotros»<sup>96</sup>.

Mientras tanto, según un investigador actual, el pedazo de Chile controlado por los revolucionarios liberales se convertía en un gran presidio dirigido por el intendente de Santiago Mateo A. Hoevel y sus alcaldes de barrio, que se destacaron por ostentar el más profundo desprecio por el populacho<sup>97</sup>. Sucedió que, terminada la acción en los campos de batalla, reaparecían los miembros de la elite burguesa santiaguina.

En realidad no era necesario recordar a O'Higgins endurecer al máximo el trato contra los chilenos monárquicos considerando que desde su cuartel general en Concepción el 23 de mayo de 1817 el director supremo decretaba: «Hoy mismo deben recogerse a esta ciudad todos los habitantes de los ranchos que intermedian entre nuestras avanzadas y Talcahuano sin que se permita que un solo individuo quede en ellos. Ordene Us. que para ejecución de esta providencia salgan partidas de milicias a traerse todas esas familias. Ellas son el abrigo de los espías enemigos y proporcionan a aquella

---

95. *Ibid.*, p. 401.

96. *Ibid.*, p. 464.

97. *Ibid.*, pp. 433 y 435. Los alcaldes de barrio eran: Francisco de Borja Valdés García Huidobro casado con Dolores Aldunate Larrain, Agustín Eyzaguirre Arechavala esposo de Teresa Larrain Guzmán, Tomás Vicuña Madariaga marido de Teresa Alcalde Bascuñán, Manuel Márquez de la Plata Calvo Encalada, José Antonio del Pedregal Cerda casado primero con Francisca de la Cerda y después con Teresa Velasco Oruna, y José Ugarte Valdés.

plaza cuanta clase de auxilios están a su alcance»<sup>98</sup>.

A través de decretos el director supremo O'Higgins definió el sistema político que su gobierno quería imponer en nuestro país. Así, el decreto firmado el 12 de marzo junto a su secretario Miguel Zañartu Santa María ordenaba secuestrar todos los bienes de aquellos «que no adhiran a nuestro sistema liberal»<sup>99</sup>. Confirmando el liberalismo imperante entre los cabecillas revolucionarios, afirma Barros Arana que desde sus principios el movimiento independentista se había guiado por ideas igualitarias, razón por la cual el gobierno de O'Higgins dictó un decreto el 22 de marzo de 1817 prohibiendo las manifestaciones del espíritu aristocrático de los chilenos, decreto este complementado por otro del 15 de septiembre del mismo año suprimiendo el uso de títulos y otros símbolos nobiliarios<sup>100</sup>, hasta entonces usados libremente por los criollos.

Encina por su parte, sostiene una visión más perspicaz que la de Barros acerca de la motivación de estos decretos, advirtiendo que «el odio a la nobleza en O'Higgins era un sentimiento profundo del que derivó su lucha contra la herencia espiritual del pasado, suprimiendo los escudos de armas y demás tipos de nobleza». Para completar el cuadro, a lo anterior agrega Encina: «el segundo blanco de O'Higgins en su lucha contra la herencia del pasado fueron sus prejuicios religiosos, provenientes del empeño de concluir con prácticas y creencias que conceptuaba dañinas o ridículas, y que finalmente (tales prejuicios) originaron su odio al clero y sus choques con el sentimiento religioso del país»<sup>101</sup>. Por eso, termina diciendo este autor, «las fricciones entre el director supremo y el

---

98. *Ibid.*, p. 464. Reunida en asamblea el 6 de febrero de 1817 la elite burguesa santiaguina designó a Bernardo O'Higgins director supremo considerando que ya el día anterior el general San Martín había rechazado el nombramiento en ese cargo para el cual había sido designado por la misma asamblea. Afirma Barros Arana que a dicha asamblea no tuvo entrada el pueblo de Santiago. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo X, p. 449.

99. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo XI, p. 18.

100. *Ibid.*, pp. 41 42 y 152.

101. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XIV, pp. 79 y 81.

clero tomaron rápidamente la forma de provocaciones al sentimiento religioso nacional. Todas las medidas herían las costumbres tradicionales o los intereses del clero y de la Iglesia»<sup>102</sup>. Porque, según el ya citado Encina, nunca comprendió O'Higgins lo esencial en el alma criolla: su imago mundi católica, y por eso, «el profundo desapego que el pueblo chileno tuvo siempre por O'Higgins, a quien en ningún momento lo sintió uno de los suyos»<sup>103</sup>.

Es preciso reconocer que a los chilenos monárquicos de aquellos años que no tuvieran un odio ancestral hacia la nobleza y no sustentaran fuertes prejuicios anticatólicos, se les hacía muy difícil entender la relación entre la emancipación política propiciada por el liberalismo y las creencias religiosas de la nación, heridas por las medidas adoptadas por la dictadura de O'Higgins: el destierro del Obispo de Santiago junto a la expulsión y encarcelamiento de varios otros sacerdotes criollos<sup>104</sup>; la supresión de monasterios; la confiscación del Monasterio de Clarisas de la Victoria; la expropiación de conventos para transformarlos en cuarteles; la profanación de Templos para convertirlos en teatros<sup>105</sup>; el retiro de las imágenes sagradas de todas las iglesias<sup>106</sup>.

Como todo revolucionario, O'Higgins creía que con solo enunciar la reforma de la enseñanza se produciría en seguida un cambio de grandes proporciones en el país, así es que no vaciló el dictador en seguir las sugerencias de fray Camilo Henríquez y firmó

---

**102.** *Ibid.*, tomo XIV, p. 134; tomo XVIII, p. 9. SUBERCASEAUX, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, cit., tomo I, p. 18 (inspiración liberal de las reformas de O'Higgins).

**103.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XIV. pp. 12 y 13.

**104.** *Ibid.*, tomo XXII, pp. 100 y 101.

**105.** Lillian CALM, *El Chile de Pío IX*, Santiago, A. Bello, 1987, pp. 203 y 204.

**106.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XIV, p. 81; tomo XV, p. 133. Además O'Higgins autorizó a los protestantes abrir un cementerio en Santiago y otro en Valparaíso, y prohibió a la Iglesia la venta de bulas. La supresión de las ramadas que se levantaban por las tardes de los días de algunas festividades religiosas le enajenó al dictador las simpatías del pueblo y del elemento medio.



un contrato con James Thompson, agente de una sociedad bíblica de Londres que se comprometía a establecer en Chile el sistema lancasteriano de enseñanza mutua. La primera escuela lancasteriana se inauguró el 18 de septiembre de 1821, pero, el fracaso más contundente no se hizo esperar y el nuevo sistema pronto cayó en el olvido<sup>107</sup>, confundándose este desastre con la completa disolución de la enseñanza generada por la clausura de los conventos en Chile<sup>108</sup>.

Designado director supremo en 1823 Ramón Freire, con su ministro Francisco Antonio Pinto Díaz, decretaron el 6 de septiembre de 1824 la confiscación y clausura de todos los conventos del país, añadiendo a ello la secularización de los religiosos, la supresión de fiestas católicas y el despojo de sus bienes a las Órdenes Religiosas. A continuación, y exigido perentoriamente por el ya secularizado Joaquín Larrain Salas, el gobierno expulsó del país a Monseñor Muzzi, Delegado de Su Santidad el Papa, y desterró definitivamente al Obispo de Santiago Monseñor Rodríguez-Zorrilla acusado de ser español, aunque en realidad era nacido en Chile y de padres y abuelos chilenos. Además, Freire desterró al presbítero don Manuel Matta Ureta (1825) y por iniciativa de monseñor José Ignacio Cienfuegos Arteaga el gobierno promulgó una ley estableciendo la elección popular para los párrocos. Todo esto despertó las protestas del pueblo<sup>109</sup>. Aquí es preciso recordar que O'Higgins eligió un Senado que inició sus sesiones el 23 de octubre de 1818 y estaba presidido por monseñor Cienfuegos<sup>110</sup>.

---

**107.** *Ibid.*, tomo XXII, pp. 127 y 128.

**108.** *Ibid.*, p. 128: de 26 escuelas primarias que funcionaban en 1830 en Santiago 22 eran conventuales.

**109.** *Ibid.*, tomo XXII, pp. 103, 110, 111, 116 y 117. CALM, *El Chile de Pío IX*, cit., pp. 90, 98, 141, 153, 154, 176 y 184. Benjamín VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, 3ª ed., Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1972, p. 624 nota al pie de página. El presbítero Matta predicaba que la Santa Alianza sería el brazo de Dios para derrotar a la Revolución.

**110.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXII, p. 131. La elite santiaguina en pleno integraba este Senado de O'Higgins. Eran senadores propietarios, además de Cienfuegos, Francisco Antonio Pérez Salas casado con Antonia Larrain Salas, Juan Agustín Alcalde Bascuñán casado



El mismo O'Higgins no solamente extendía la influencia revolucionaria en las ideas y en los hechos, sino que también, lo hacía en el terreno de las tendencias. En efecto, fue de los primeros en usar pantalones, prenda masculina ésta de origen plebeyo que desde 1823 pasó a formar parte de los uniformes de marineros y soldados, en tanto las mujeres de la elite burguesa santiaguina acentuaban su preferencia por la moda del directorio, de corte francés, sustituyendo el austero rebozo o manto barroco<sup>111</sup> de las criollas.

Después de la batalla de Maipú (abril 5 de 1818), el odio a la nobleza y los prejuicios religiosos de O'Higgins en vez de atenuarse con el paso de los años, parecían incrementarse en tanto aumentaba su poder dictatorial, alimentando así su irrefrenable impulso de luchar contra la herencia espiritual del pasado<sup>112</sup>, herencia ésta que era parte de la identidad de los chilenos.

Demasiado reciente era la matanza de civiles criollos monárquicos efectuada por O'Higgins y sus tropas entre el Maule

---

con Carmen Velasco Oruna, José María Rozas Lima casado con Luisa Rozas Salas, Francisco de Borja Fontecilla Rozas casado con Dolores Sotomayor Madariaga. Suplentes: Joaquín Larrain Salas, Martín Calvo Encalada, Francisco Javier Errázuriz Aldunate casado con Josefá Zañartu Manso de Velasco, Agustín Eyzaguirre Arechavala, casado con Teresa Larrain Guzmán, Joaquín Gandarillas Romero casado con su prima Juana Gandarillas Romero. Colaboradores de O'Higgins fueron José Antonio Rodríguez Aldea, marido de Mercedes Velasco Oruna, Joaquín Echeverría Larrain casado con Rafaela Recabarren Aguirre, Miguel Zañartu Santa María casado con Juana Zañartu Arrau, José Ignacio Zenteno Pozo casado con Josefá Gana Collados, Antonio José Irisarri Alonso casado con Mercedes Trucíos Larrain. Véase Guillermo de la CUADRA GORMAZ, *Familias chilenas*, Santiago, Zamorano y Caperán, 1982, tomos I y II.

**111.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXII, p. 73. CRUZ DE AMENÁBAR, *El traje. Transformaciones de una segunda piel*, cit., pp. 207 a 236: dice la autora que en los sectores rurales la vestimenta barroca se siguió usando muchos años mientras que la del estilo directorio era preferida por los patriotas en Santiago. Distintivo de los oficiales del ejército argentino eran los aretes de oro en la oreja izquierda.

**112.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XV, p. 133.

y el Bío Bío a lo que se agregaban los saqueos, robos e incendios cometidos por las tropas revolucionarias en las haciendas y poblados de las provincias sureñas, crímenes y depredaciones que alejaron significativamente al pueblo chileno del director supremo.

Frente a sus gobernados, el dictador mostraba dos caras contrapuestas. Una, cruel e inflexible con los criollos católicos y monárquicos, y la otra, paternal con los individuos de ideas liberales y especialmente tolerante con los funcionarios corruptos y con los mercaderes que se enriquecían mediante la especulación y los negociados. Según Encina, la inmoralidad administrativa del gobierno de O'Higgins empezó con el cambio de personal pues el personal administrativo colonial habría hecho honor a cualquier país del mundo. Era competente, laborioso, sensato y probo<sup>113</sup>.

La organización en Chile del ejército libertador del Perú<sup>114</sup> llevada a cabo por el director supremo O'Higgins pasó a ser un verdadero caldo de cultivo para el desarrollo de la inmoralidad

---

113. *Ibid.*, tomo XXI, pp. 19 y 20.

114. Con la escuadra bajo las órdenes de lord Cochrane y el ejército de 296 oficiales y 4.118 soldados comandado por San Martín, desde Valparaíso partió la expedición el 29 de agosto de 1820. Eran 3.476 soldados chilenos y solo 642 soldados argentinos, en tanto 118 oficiales eran argentinos (40%). Este ejército libertador del Perú enteramente costado por Chile salió de Valparaíso espiritualmente trizado. Los temperamentos y los caracteres argentinos y chilenos no se avenían. La mayoría de los jefes y oficiales de ultracordillera desdénaban al pueblo chileno; lo encontraban pacato, ridículo y atrasado, y la fanfarronería argentina resultaba insoportable para el carácter chileno. Además de los errores cometidos por un general San Martín decadente debido a sus trastornos cerebrales y a su dependencia del opio, el ejército en Lima era una verdadera olla de grillos. En una evidente muestra del fracaso del americanismo se habían distanciado entre sí los jefes y oficiales colombianos, argentinos, chilenos y peruanos. Desde el punto de vista político militar el "protector" perdió el ejército y la escuadra que Chile puso en sus manos. Este fracaso de San Martín costó la pérdida de más de 25.000 vidas arrebatadas por las epidemias y las balas; depredaciones y sufrimientos inútiles, y la ruina económica de Chile y Perú. Véase ENCINA, *Historia de Chile*, cit., citada tomo XV, pp. 21, 24, 27, 87, 88, 139 y 160. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo XII y tomo XIII.

administrativa y así fue como en nuestro país, los peculados administrativos pasaron a ser una gracia, una diablura y una patente de habilidad que daba prestigio<sup>115</sup>. Como el grueso del país no comprendía la necesidad de la expedición libertadora del Perú, los chilenos se creían víctima de un mandatario que los sumergía en la miseria para realizar propósitos y servir intereses ajenos al pueblo chileno<sup>116</sup>, lo cual, no hacía sino aumentar el rechazo a este extraño personaje, rechazo que ya era provocado por la matanza de civiles, por las levas forzosas, por el odio a la nobleza y por los prejuicios religiosos del dictador.

Afirma Encina que los efectos económicos de los impuestos, contribuciones forzosas y donativos eran semejantes a los de una máquina trasvasadora que succionaba a los propietarios rurales y urbanos sus bienes para entregarlos a los proveedores de armamentos y de víveres o consumirlos en sueldos militares y navales. En torno al gobierno chileno se formó, por una parte, una banda de vampiros que sangraba el exhausto tesoro chileno, y por la otra, los ocupantes de los más altos cargos político-administrativos que se enriquecían protegiendo peculados y metiendo las manos en los dineros fiscales. «En un año, y a veces en un mes, adquirirían grandes fortunas»<sup>117</sup>.

**115.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XVIII, p. 23; tomo XXI, p. 49.

**116.** *Ibid.*, tomo XV, p. 139.

**117.** *Ibid.*, p. 136; tomo XVIII, pp. 22 a 24. El 2 de septiembre de 1819 quedó reducido a escritura pública el contrato entre el Estado de Chile y Felipe Santiago del Solar, Nicolás Rodríguez Peña y Juan José Sarratea por el cual el Estado pagaba \$150.000 al contado y el resto con pagarés sin plazo fijo que debían cancelarse con los derechos de aduana. Los contratistas proporcionarían uniformes militares y alimentos durante los primeros cinco meses al ejército libertador del Perú. A todo esto, en Chile nadie dudaba que Bernardo Monteagudo Cáceres se había apropiado de los fondos destinados al pago del personal de la escuadra (*Ibid.*, tomo XV, p. 129). El armamento lo proporcionaban Henry Hill, Antonio Arcos Arjona y Diego Antonio Barros Leiva (1789-1853). Felipe Santiago del Solar Osorio como apoderado de Rosa O'Higgins, hermana del dictador, participó en varias especulaciones que le permitieron acumular una importante fortuna (*Ibid.*, tomo XVIII, p. 24). También pasó a ser acaudalado hombre de



#### 4. Concluye la guerra civil independentista

El 8 de septiembre de 1818 don Mariano Osorio se embarcó con destino al Perú dejando al coronel Juan Francisco Sánchez al mando de los restos del Real Ejército en nuestro país: 1.618 milicianos, todos chilenos, más 600 soldados de línea españoles llegados a última hora en el convoy que encabezaba la fragata «María Isabel».

Finalizando el año 1818 el coronel Sánchez se encontraba en Santa María de Los Ángeles con los 2.200 soldados que le había dejado Osorio, más 700 huasos que traía el hacendado chileno Clemente Lantaño del Pino desde Chillán. Sánchez había evacuado Concepción iniciando el éxodo de sus habitantes civiles hacia Los Ángeles para después internarse en la Araucanía.

Sin decidirse a presentar batalla, Ramón Freire Serrano, al mando de 2.000 soldados de línea revolucionarios se había encerrado en Parral para contemplar los movimientos del enemigo. Al respecto, Encina comenta que con las fuerzas de Freire los revolucionarios podrían haber vencido holgadamente a los monárquicos de Sánchez y solo se explica la actitud de Freire por la incapacidad militar de este jefe<sup>118</sup>.

El 26 de diciembre de ese año hizo su entrada a Chillán el general

---

negocios José Antonio Rodríguez Aldea aprovechando su permanencia en el ministerio de Hacienda. Los hijos de Antonio Arcos Arjona y su mujer Isabel Arlegui Rodríguez-Zorrilla, adquirieron los títulos nobiliarios de conde de Clavijo y marqués de Somosancho. Diego Antonio Barros, casado con Martina Arana Andonaegui, era hijo de Manuel Barros Andonaegui, proveedor de víveres de los ejércitos patriotas. Véase Julio RETAMAL, Carlos CELIS y Juan Guillermo MUÑOZ, *Familias fundadoras de Chile. 1540-1600*, Santiago, Zig Zag, 1992, pp. 290 y 291. En 1827 ya más de la tercera parte de las entradas nacionales había caído en manos de los supremos gavilanes: Freire, Gandarillas, Campino, Errázuriz, Benavente, Pinto, etc. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXIII, pp. 86 y 87.

**118.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XV, p. 96. La mitad de los hombres de Sánchez tenía fusiles, los demás estaban armados con lanzas. *Ibid.* pp. 31 y 93. Fernando CAMPOS HARRIET, *Los defensores del Rey*, 2ª ed., Santiago, Andrés Bello, 1976, p. 234.

argentino Antonio Balcarce enviado desde Santiago por el general San Martín a ponerse al mando del ejército de Freire, dándole a éste como consuelo la intendencia de Concepción. Balcarce marchaba acompañado por 1.300 soldados, muchos de ellos extranjeros<sup>119</sup>.

Seguro de su superioridad bélica, Balcarce inició la lenta marcha hacia Los Ángeles, circunstancia que aprovechó Sánchez para hacer atravesar el Bío Bío a su gente el 17 de enero de 1819, en tanto vigilaban al adversario los 600 soldados españoles y los 2.300 criollos armados, todos monárquicos. Más de 1.400 familias chilenas compuestas por hombres jóvenes, por 2.000 mujeres, más de 4.000 niños, muchos ancianos, acompañados además por todas las religiosas trinitarias de Concepción y buen número de sacerdotes, dejaron ese día Los Ángeles conducidos por el coronel Sánchez. No era una retirada militar sino el éxodo de todo un pueblo<sup>120</sup>. Muchos llevaban ocultos entre las escasas vestimentas de su liviano equipaje, los documentos probatorios de la nobleza familiar o de las mercedes de tierras otorgadas a sus abuelos.

El 19 de enero entraron en combate de ribera a ribera los dos ejércitos, mientras los civiles internábanse entre peumos y coligiales. El fuego cruzado se mantuvo hasta que, profundamente

---

**119.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XV, p. 97. El ejército de Balcarce constaba de 3.385 soldados y en su oficialidad se destacaban los argentinos Thompson, Escarsini, Alanis, Boil, Elizalde, Lezica, Navarro, Noalles, Quiroga, Urquiza, Videla, Torres, Escalada, Olazábal, Daract y Uruarte, los italianos Gola y Macharratini; el polaco Kursky; el colombiano Paz, los franceses Bruix, Giroux, Grabert, Beauchef, Viel y el inglés Parker a quien se les agregarían poco después los hermanos O'Carrol y Tupper.

**120.** *Ibid.*, tomo XV, p. 96. VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., pp. 871 y ss. MARIO ORELLANA R., *Historia y antropología de la Isla del Laja*, Santiago, Editorial Universitaria, 1992, p. 17. En aquellos años Los Ángeles tenía 150 casas de barro y un fuerte con capacidad para 700 milicianos, sumándose todos sus habitantes al éxodo encabezado por Sánchez. Al coronel Juan Francisco Sánchez lo acompañaba en todas sus campañas fray Juan Admirall en calidad de consejero y secretario. En el éxodo de Concepción a Arauco las religiosas Trinitarias iban acompañadas por su confesor fray Valerio Rodríguez.

impresionado al ver a su lado volar en pedazos al barón napoleónico Eustaquio de Bruix, el general Balcarce ordenó a su ejército internacional retirarse a Los Ángeles. Aprovechando la tregua, el coronel Sánchez y la mayor parte de los 600 soldados españoles cruzaron las selvas hasta alcanzar la ciudad de Valdivia, separándose así de los más de 2.000 criollos armados que acamparon no muy lejos de la margen sur del Bío Bío, comenzando éstos a organizarse en guerrilla bajo las órdenes de los muy chilenos Vicente de Benavides y Llanos<sup>121</sup> y Clemente Lantaño del Pino.

No eran los únicos refugiados en la espesura. Allí entre tupidos matorrales encontraron a gran número de habitantes de la Isla del Laja que se habían ocultado de las tropas revolucionarias. Eran hacendados acompañados de sus familias, sirvientes e inquilinos, quienes informaron a Benavides y Lantaño que mucha gente permanecía escondida en los contrafuertes cordilleranos y a lo largo de la línea sur del Bío Bío. Habían perdido sus tierras, sus casas, sus pertenencias y gran parte de los ganados, encontrándose dispuestos a pelear contra los revolucionarios invasores que se abalanzaban desde Santiago matando, robando y destruyendo todo a su paso<sup>122</sup>.

Repuestos del susto y dejando pasar prudentemente varios días, el 28 de enero Balcarce decidió atravesar el Bío Bío en persecución del coronel Sánchez. Los revolucionarios avanzaron de noche para

---

**121.** Antes de la revolución independentista Vicente de Benavides se desempeñaba en un modesto empleo público en Quirihue y pertenecía a una familia que llevaba ya cinco generaciones en nuestro país, después de haber sido fundada aquí por un hidalgo encomendero de Chillán de la casa de los marqueses de Cañada Hermosa. Una hija del fundador había casado con don Pedro de Mardones y Lagos. Vicente de Benavides celebró matrimonio en Concepción durante 1816 con Teresa Ferrer Santibáñez, pariente de los Roa. Véase GUSTAVO OPAZO MATURANA, *Familias del antiguo Obispado de Concepción*, Santiago, Zamorano Caperán, 1957, p. 60. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XV, p. 95. ARMANDO CARTES MONTORY, *Franceses en el país del Bío Bío*, Concepción, 2004, p. 200, sobre la muerte de Bruix.

**122.** RICARDO FERRANDO KEUN, *Y así nació la Frontera*, 2ª ed., Santiago, Antártica, 2000, p. 294. VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., pp. 258 y 259.

mejor sorprender al enemigo monárquico, «pero como no conocían el terreno se perdieron y la sorpresa terminó en sainete». Italianos, polacos, franceses, ingleses y argentinos «vagaban en medio de un desorden que hacía reír»<sup>123</sup>.

El 27 de febrero de 1819, bien descansado y festejado por sus hombres, Balcarce volvió a Santiago a informar que el coronel Sánchez al frente del ejército realista estaba atrincherado en Valdivia, por lo cual, entre el Maule y el Bío Bío ya no quedaban más que unos pocos chilenos que escapaban al acercarse a ellos los revolucionarios.

Quizá porque no se percató o porque ya estaba cansado de vagar inútilmente por bosques interminables, Balcarce no informó que entre el Maule y el Bío Bío las antiguas haciendas se encontraban abandonadas, con sus construcciones en ruinas y las praderas completamente vacías de animales, y en La Montaña, como entonces se denominaba a la región precordillerana ubicada frente a Chillán, se escondían más de 3.000 personas<sup>124</sup>, en tanto en la línea sur del Bío Bío se calculaba la sobrevivencia de más de 10.000 refugiados<sup>125</sup>. Sólo los espesos breñales próximos a Quilapalo asilaban a cerca de 4.000 personas que habían sido acomodadas y que allí se organizaban bajo la conducción del hacendado criollo Antonio de Bocardo y Santa María Baeza, asistido por los sacerdotes Mateo García, Pedro Espinosa, fray Antonio Curiel, fray Ramón Manrique y fray Juan Silva<sup>126</sup>. En esos selváticos lugares los exiliados monárquicos cultivaban la tierra, criaban animales y hacían regularmente sus diarias oraciones, dedicando los domingos al descanso después de oír en profundo silencio, bajo laureles y boldos, el Santo Sacrificio de la Misa<sup>127</sup>.

123. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XV, p. 98.

124. VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., p. 430.

125. *Ibid.*, pp. 260, 261 y 67.

126. *Ibid.*

127. *Ibid.*, p. 260, nota 2. En Quilapalo de aquellos años se formó un verdadero pueblo en cuyos alrededores el ganado se criaba abundantemente y el trigo se producía con gran rendimiento, aunque el dinero escaseaba

Al frente de la guerrilla monárquica, Benavides cayó sobre Santa Juana derrotando completamente a la guarnición revolucionaria al mando del comandante José Santos Astete y procediendo luego a tomar prisioneros al teniente Riveros más veintisiete soldados patriotas. A continuación Benavides y sus guerrilleros se dejaron caer sucesivamente sobre San Pedro, Chillán y Negrete, para terminar sitiando Los Ángeles el 23 de febrero de 1819<sup>128</sup>. Mientras tanto, tribus araucanas del cacique Mañil partidarias de la monarquía, se agregaban al sitio de la ciudad de Los Ángeles el primer día de marzo de ese año. Mañil nunca había dejado de llorar a su hija, víctima de abusos cometidos por soldados revolucionarios encabezados por el capitán José Cienfuegos Henríquez, así es que venía con su gente dispuesto a cobrar cruel venganza entre los patriotas.

Alarmado, el intendente revolucionario Freire despachó el 3 de marzo de 1819 un parte al director supremo O'Higgins comunicándole que iniciaría una campaña guerrera para aplastar la reacción del pueblo chileno, procediendo a degollar, robar y quemar «cuanto se presente»<sup>129</sup>. A los pocos días Freire daba cumplimiento a sus siniestros planes asesinando al terrateniente criollo Pedro José Baeza, sin juicio previo y ni siquiera permitirle decir sus oraciones. Los soldados de Freire habían sorprendido a Baeza viajando solo por el camino entre Yumbel y Talcamávida<sup>130</sup>. De esta manera, Freire daba comienzo oficialmente a la guerra a muerte, última etapa de la guerra civil independentista.

---

por lo cual todas las transacciones se hacían en añil y tabaco. Por ello, dice Vicuña Mackenna que fueron muy pocos los criollos de esa provincia que se acogieron a la amplia amnistía concedida a principios de 1819 por el gobierno revolucionario de Santiago. Tal amnistía aseguraba que a los habitantes de la provincia de Concepción no se los llevaría ante el «Tribunal de Vigilancia» y a aquellos acogidos a la amnistía ofrecida no se les confiscarían sus propiedades.

**128.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XV, p. 102. Además de una guarnición de tropas revolucionarias se habían instalado recién en Los Angeles unas pocas familias patriotas de la zona.

**129.** VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., p. 33.

**130.** *Ibid.*, p. 34.

En Santiago en tanto, O'Higgins se encontraba profundamente perplejo, pues «su cerebro lento necesitaba por lo menos un par de meses para explicarse la contradicción entre el informe de Balcarce y el parte de Freire»<sup>131</sup>. Recordemos que Balcarce le informaba que en la frontera ya no quedaban enemigos, mientras que en su parte Freire anunciaba el inicio de una campaña guerrera para exterminar a los adversarios.

La provincia de Concepción que entonces abarcaba Cauquenes, Maule, Chillán, Isla del Laja, Araucanía y Valdivia, entraba en ebullición porque el ejército revolucionario comandado por Freire se encontraba sitiado en medio de un territorio hostil, sufriendo falta de víveres y pertrechos<sup>132</sup>, situación que se iba haciendo más y más angustiada en la medida en que se aproximaba el invierno. Para peor, la última y costosa remesa de municiones y pólvora recibida por Freire desde la capital había resultado completamente inútil pues la pólvora venía mezclada con gran cantidad de ladrillo molido<sup>133</sup>.

Haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, Freire prometió víveres y ropas a sus hombres si al menos derrotaban siquiera una vez a los monárquicos, y así, al mando de sus tropas desesperadas por el hambre y el frío, el primer día de mayo de 1819 atacó por sorpresa el campamento monárquico instalado en Curalí. En esta acción, salvo una sola excepción, no se tomaron prisioneros, cayendo asesinados casi todos los defensores del Rey, logrando escapar muy pocos que gracias a la oscuridad alcanzaron a salir del campamento azotado por la fría lluvia y el viento implacable. Entre los sobrevivientes pudo huir el propio coronel Benavides, sin embargo, su secretario y consejero fray Pedro Waddington fue apresado y enviado a la capital bajo la custodia de un piquete de soldados al mando de un alto oficial, el cual, aprovechando la oscuridad nocturna disparó por la espalda al sacerdote, alegando posteriormente que el fraile pensaba escapar<sup>134</sup>.

131. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XV, p. 103.

132. *Ibid.*

133. *Ibid.*, tomo XVII, p. 150.

134. VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., p. 553.

Aprovechando el impulso de su victoria en Curalí, Freire se dedicó a dar cumplimiento a su plan anunciado el pasado 3 de marzo a O'Higgins y en solo cuatro meses hizo degollar o fusilar a 300 chilenos sureños partidarios de la monarquía.

La respuesta de los criollos monárquicos no se hizo esperar. «En los campos los clérigos se hicieron primero los apóstoles de la reacción y después sus soldados»<sup>135</sup>. La provincia de Concepción entera se levantó en armas y su suelo se comenzó a «agitar al paso de las guerrillas que parecían brotar de sus entrañas»<sup>136</sup>.

El reverendo padre Antonio de Ferrebú y Escobar, criollo por los cuatro costados y a la sazón párroco de Rere, encabezó en persona una guerrilla monárquica, siguiendo su ejemplo el no menos criollo párroco de Chillán don Ángel Gatica, el párroco de Yumbel don Luis José Brañas, el párroco de Parral don Pedro Espinosa, el párroco de Colcura don Vicente Ferrer, el párroco de Cauquenes fray Pedro Curiel sucesor del también monárquico canónigo don Joaquín de Unzueta; sin olvidar al párroco de San Carlos don Ángel de la Barra, al reverendo padre Gómez que asistía a la guerrilla de los Pincheira y al reverendo padre don José Benito Domínguez, capellán de la guerrilla del coronel Benavides<sup>137</sup>.

Como resultado del odio despertado por los abusos cometidos contra las tribus araucanas por el capitán Cienfuegos, en uno de los enfrentamientos con tropas revolucionarias cayó en sus manos dicho capitán a quien los indios le sacaron los ojos y como aún permanecía vivo, lo lancearon hasta matarlo<sup>138</sup>.

Las terribles circunstancias que rodearon la muerte de Cienfuegos hicieron comprender tardíamente a O'Higgins que había cometido otro error y para enmendarlo trató de parlamentar con los indios, ordenando devolverles las mujeres e hijos secuestrados

135. *Ibid.*, p. 62.

136. *Ibid.*, pp. 49 y 64.

137. *Ibid.*, pp. 63, 260 y 261. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XV, pp. 31, 93, 96 y 97. CAMPOS HARRIET, *Los defensores del Rey*, cit., p. 234.

138. VALENCIA AVARIA, «Tentativas de paz con los indígenas en 1817», *loc. cit.*, pp. 42 y 43.

y pertenencias confiscadas por los revolucionarios siguiendo específicas instrucciones del director supremo, pero los caciques Mañil, Chiuca y Mariluán exigieron, además, que el gobierno de Santiago mantuviera en Santa Bárbara a los misioneros franciscanos, en especial a fray Gil Calvo sobre quien pesaba una reciente orden de destierro<sup>139</sup> emanada del mismo O'Higgins.

La última condición propuesta por pehuenches y araucanos hizo fracasar las conversaciones y fray Gil se refugió entre los guerrilleros de Bocardo al otro lado del Bío Bío, donde contaban también con la protección de los mocetones del cacique Coliman.

En Quilapalo, caserío situado al frente de Santa Bárbara, dejando al río Bío Bío de por medio, Antonio de Bocardo iba en vías de formar una provincia independiente con sus lugartenientes Pedro Briones de Maldonado, Pedro Pablo Villouta, José María de Acuña, Antonio Ibar y Raimundo Arias de Molina, una decena de sacerdotes a los que se agregaba fray Gil Calvo, y el escuadrón de húsares integrado por terratenientes de la Isla del Laja, además de contar con la eficaz y leal ayuda del cacique Coliman de Quilapalo<sup>140</sup>.

Desde el Maule hasta puntas Tiques y Olleta, en Chiloé, el país se alzaba como un solo hombre contra la revolución liberal independentista, haciendo decir a Vicuña Mackenna: «cada aldea tenía un soldado, cada comarca un jinete, cada fortaleza limítrofe un héroe»<sup>141</sup>.

El 26 de abril de 1819, con la bandera del Rey desplegada, el arriero José María Zapata y un grupo de campesinos entraban a Chillán dejando dieciocho defensores enemigos tirados en la calle. Apenas una semana antes, el 19 de abril, los hermanos Prieto Vargas seguidos por sus guerrilleros adiestrados en Cumpeo habían asaltado las oficinas públicas de Linares y de Talca. El 5 de mayo el agricultor Manuel Fuentes dirigiendo cien huasos bien montados

139. *Ibid.*

140. CAMPOS HARRIET, *Los defensores del Rey*, cit., p. 254. VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., pp. 67, 260 y 261.

141. VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., p. 50.



se encontraban con un batallón revolucionario en El Durazno, Itata, destrozándolo y pasando a cuchillo a once soldados patriotas<sup>142</sup>.

Rehecho del feo traspies de Curalí, Benavides formaba una nueva guerrilla a mediados de junio de 1819 y con ella amenazaba a Santa Juana y Colcura<sup>143</sup>. Los valientes hermanos Seguel, terratenientes de Yumbel, guiando a sus inquilinos se adueñaban de la villa de Hualqui el 16 de julio de 1819 llevándose numerosos prisioneros, entre ellos el juez del distrito<sup>144</sup>. También por esos días el intrépido guerrillero Fernández y diez labriegos como él peleaban en la hacienda Cucha Cucha con el batallón de cazadores mandados por Manuel Jordán Valdivieso, en tanto el hacendado Juan Gutiérrez del Palacio atacaba Cholván, y poco más arriba del Itata, el guerrillero Hernández se atrincheraba en su propia casa junto a otros tan osados como él, defendiéndose del asalto perpetrado por los soldados revolucionarios<sup>145</sup>.

En el mismo mes de julio de 1819 la guerrilla formada por setenta huasos armados hasta los dientes, dirigida por Pedro López, se apropiaba de Tucapel y procedía a ajusticiar a un tal Pulgar por haber este prestado colaboración a los revolucionarios<sup>146</sup>. Una partida de trescientos hombres a caballo de la guerrilla de Bocardo, encabezada por Vicente de Elizondo ocupaba sorpresivamente Chillán<sup>147</sup>. Al mes siguiente, doña María de la Cruz Iribarren, guerrillera de Quinchamalí, iniciaba sus correrías por Cato capitaneando a sus inquilinos<sup>148</sup>.

A fines de diciembre las familias monárquicas escondidas en la

142. *Ibid.*, pp. 55 y 56.

143. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XV, p. 148. Gustavo OPAZO MATURANA, *Historia de Talca*, Santiago, Andujar, 1997, pp. 213 y 214. Ana María CONTADOR, *Los Pincheira*, Santiago, Bravo y Allende, 1999, p. 138.

144. VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., p. 59.

145. *Ibid.*, p. 57.

146. *Ibid.*, p. 131. A Pulgar le sucedió lo mismo que a Rafael Anguita Rondón ajusticiado en enero de 1818 en Los Ángeles.

147. *Ibid.*, p. 132.

148. *Ibid.*, p. 139.

ribera sur del Bío Bío cosecharon los sembrados de trigo y procedieron a llevar los ganados a los valles interiores de la cordillera, pero su mayor éxito había consistido en mantener incólume la estructura familiar tradicional de tipo patriarcal y la participación armónica de todas las clases sociales<sup>149</sup>, aborígenes incluidos.

El 17 de febrero de 1820 un numeroso contingente monárquico derrotaba en la ensenada de Huenchucumi a lord Cochrane que pretendía tomar Chiloé comandando con su ayudante Miller a 160 bien armados marineros. Al frente de los monárquicos criollos se erguían dos decididos curas que sostenían la cruz en una mano y la lanza en la otra<sup>150</sup>.

El primer día de abril de 1820 la guerrilla de Bocardó asaltaba con pleno éxito Tucapel, al norte del Bío Bío, y el 30 de ese mismo mes, el reverendo padre Ferrebú con su guerrilla se apoderaba de Rere. Dos días después el coronel Benavides comandando a 400 monárquicos capturaba Talcahuano incendiándolo y llevándose prisionera toda la guarnición<sup>151</sup>. El 20 de septiembre de 1820 la guerrilla capitaneada por el coronel Juan Manuel Picó, lugarteniente de Benavides, vencía en Yumbel al ejército patriota comandado por el teniente coronel francés Benjamín Viel Gometz<sup>152</sup>. Pasados tres días, el mismo Picó triunfaba sobre la división revolucionaria del teniente coronel Carlos O'Carroll en Pangal, resultando muerto el

---

**149.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXII, pp. 61 y 87. Sobre este tema dice Encina: «La antigua familiaridad del siglo XVII y de la primera mitad del siglo XVIII entre amos y criados perduró al sur del Maule más que en Santiago». «En esos años (1810 a 1830) los sirvientes y los inquilinos, lejos de volverse contra los patrones, se solidarizaron con ellos, buscando su amparo y a la vez los defendieron con una lealtad y un espíritu de sacrificio que refleja la fuerza de los vínculos de afecto que habían nacido entre ambos elementos sociales».

**150.** *Ibid.*, tomo XV, pp. 166 y 167.

**151.** *Ibid.*, tomo XVII, p. 145. CAMPOS HARRIET, *Los defensores del Rey*, cit., p. 244.

**152.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XVII, p. 145.

jefe británico mientras sus soldados abandonaban cañones y fusiles para huir en desbandada<sup>153</sup>.

El 27 de septiembre de 1820 la guerrilla de Benavides derrotaba estrepitosamente en Tarpellanca al ejército revolucionario capitaneado por el mariscal Pedro Alcázar Zapata, mientras las guerrillas comandadas por los hermanos Pincheira y por Julián de Hermosilla, respectivamente, se apoderaban de Chillán y San Carlos<sup>154</sup>.

En vista de estos desastres militares revolucionarios, Freire prefirió hacer abandono de Concepción, ciudad en ruinas a la cual entró victorioso el coronel Benavides con sus guerrilleros el 2 de octubre de 1820<sup>155</sup>.

En Santiago, tras un enorme esfuerzo, el dictador O'Higgins exprimía una vez más a los exhaustos ciudadanos, logrando reunir los fondos necesarios para formar un disciplinado y bien equipado ejército con potente artillería bajo el mando del coronel Joaquín Prieto Vial, hombre de grandes condiciones militares y políticas que al fin, seguido por sus tropas, salió de la capital con rumbo al sur el 20 de octubre de 1820.

El coronel Prieto llevaba instrucciones firmadas por el ministro Ignacio Zenteno Pozo en el sentido de tomar toda clase de represalias contra los chilenos sureños, pues, al propio Prieto se le encomendaba en dichas instrucciones que «ninguna mujer, ni un solo niño, perteneciente a familias enemigas quede en aquellos lugares». Las

---

153. *Ibid.*, p. 147.

154. *Ibid.*, pp. 148 y 149. Los hermanos Pincheira se llamaban Juan Antonio, Santos, Pablo y José Antonio Pincheira.

155. VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., p. 331. Refiriéndose a la amenaza representada por el avance de las guerrillas monárquicas, en despacho a O'Higgins, Freire auguraba que pronto se divisaría desde las torres de la orgullosa ciudad de Santiago el humo de los enemigos. En los combates de los últimos meses de 1820 perecieron más soldados revolucionarios que en todas las campañas que se sucedieron entre Yerbás Buenas a Rancagua. Véase CARTES MONTORY, *Franceses en el país del Bío Bío*, cit., p. 195.

órdenes gubernamentales terminaban instándolo a entusiasmar a sus soldados con el saqueo de los bienes de los criollos sureños<sup>156</sup>. Más aún, a los pocos días de la partida del ejército de Prieto, el gobierno de Santiago dictó un decreto el 4 de noviembre de 1820 reiterando que «todos los dineros, alhajas, animales y demás bienes muebles y removientes de los enemigos de ésta y de la otra banda del Bío Bío, quedan cedidos en posesión y propiedad a los valerosos que a costa de sus esfuerzos los ganen»<sup>157</sup>.

Podemos apreciar así lo asentada que estaba en el ejército patriota la costumbre de entusiasmar a los soldados con el botín constituido por las propiedades arrebatadas a los adversarios. Para no ser menos, los oficiales eran favorecidos con bienes raíces secuestrados por el Estado, recordemos al respecto que Joaquín Prieto Vial recibió como obsequio la hacienda Quillay, Manuel Bulnes Prieto la hacienda Trilaleu, Freire la hacienda Cucha Cucha, al general San Martín le tocó la bien ubicada chacra Lo Beltrán, a Cochrane la estancia Con Con, a José María de la Cruz Prieto le obsequiaron extensas tierras en Nacimiento, a la madre del coronel Cayetano Letelier Maturano la hacienda La Palma en Talca<sup>158</sup>.

156. VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., pp. 357 y 812.

157. CONTADOR, *Los Pincheira*, cit., p. 130.

158. GUERRERO LIRA, *La contrarrevolución de la independencia*, cit., pp. 274 y 275. VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., p. 743. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXIV, p. 40. Fernando CAMPOS HARRIET, *Historia de Concepción*, 4ª ed., Santiago, Editorial Universitaria, 1989, p. 287. René LEÓN ECHAÍZ, *Ñuñohue*, Santiago, Andujar, 1999, p. 87. Francisco Ramón UNDURRAGA VICUÑA, *Recuerdos de 80 años*, Santiago, Imprenta El Imparcial, 1943, p. 43. Otro militar, Luis del Río Favier, en 1825 compró en cien pesos sesenta mil hectáreas en Carampangue. En 1849 Domingo de la Maza Mier adquirió en ciento cincuenta pesos la reducción completa de Mariluán mientras que José María de la Maza Mier pasaba a ser dueño de Duqueco que había pertenecido a los Galván. Véase FERRANDO KEUN, *Y así nació la Frontera*, cit., p. 305; Gustavo OPAZO MATURANA, *Familias del antiguo Obispado de Concepción*, Santiago, Zamorano Caperán, 1957, p. 149; Sergio VILLALOBOS RIVERA, *Historia de los chilenos*, Santiago, Taurus, 2006 pp. 35 y 41; Mario GÓNGORA DEL CAMPO, *Estudios sobre la historia colonial de Hispanoamérica*, Santiago, Editorial Universitaria, 1998, pp.



Por cierto, la *imago mundi* que se aprendía en el ejército revolucionario y en la administración pública de esos años con dicha política del botín, era completamente opuesta a la heredada del pasado por los criollos monárquicos, cuya concepción de la vida se fundaba en la lealtad al Rey y en el sentido del honor, atributos propios del modelo social y humano del caballero cristiano, mientras que los patriotas reafirmaban su concepción práctica de la vida valorando por encima de todo el aspecto material de la existencia<sup>159</sup>. Por esto es que el mismo Encina afirma que la revolución dejó del lado realista a la mayoría de los criollos que tomaban la vida como el cumplimiento de un deber y albergaban el concepto romano del Estado, integrando el bando patriota los aventureros, tunantes, rebeldes a toda disciplina, vacíos de todo sentimiento superior y de todo espíritu del deber, que además, tomaban la vida como un festín<sup>160</sup>.

Calculando fríamente sus acciones y muy seguro de sí mismo, Prieto se internó por bosques y valles cordilleranos buscando las guerrillas monárquicas a las cuales fue derrotando una tras otra, pero, primero, hábilmente utilizaba con los guerrilleros la combinación premio-castigo y esto provocaba un efecto devastador en el ánimo de los ya cansados habitantes de la provincia de Concepción, muchos de los cuales, en vez de luchar comenzaban a rendirse encandilados con los indultos generales y restitución de bienes ofrecidos por Prieto.

La táctica de Prieto cambió favorablemente la forma de llevar la guerra civil entre patriotas y monárquicos de modo que al retirarse Prieto, su sucesor, el ya mariscal Freire que en diciembre de 1821 reasumía el mando político y militar de la provincia, envió un mensajero al comandante Bocardo llevando la promesa de indultar a todos los refugiados en Quilapalo. El jefe guerrillero aceptó las condiciones ofrecidas considerando que se aproximaba

---

44, 57, 75, 79, 86 y 118; del mismo, *Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la constitución social aristocrática de Chile después de la conquista. 1580-1660*, Santiago, U. de Chile Sede Valparaíso, 1970, p. 127.

**159.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo IX, p. 164. Sergio VILLALOBOS R., *Origen y ascenso de la burguesía chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 1998, p. 63.

**160.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XII, p. 187; tomo XXI, p. 40.

otro invierno y acordó la entrega de armas para el próximo 22 de marzo de 1822. Desgraciadamente, al amanecer del 21 de marzo el ejército revolucionario que se hallaba acantonado en Santa Bárbara, comenzó el fuego de artillería sobre el campamento monárquico sin que nadie después contabilizara los muertos y heridos.

Los rendidos sobrevivientes del cañoneo de Quilapalo demoraron cuatro días en atravesar en balsa el Bío Bío y en seguida fueron hacinados en Tucapel, convertido a la sazón en una especie de campo de concentración<sup>161</sup>.

Apresado Benavides en el litoral de Colchagua, fue ahorcado en Santiago el 23 de febrero de 1822, exclamando dos veces el nombre de Nuestra Señora de la Merced antes de que la cuerda se le incrustara en la garganta<sup>162</sup>.

En abril de ese año se extinguió la célebre guerrilla de Colliguay perseguida por tropas comandadas por el oficial Ramón Covarrubias Vargas<sup>163</sup>.

En septiembre de 1824 era asesinado mientras dormía en Colcura el padre Ferrebú y el 29 de octubre del mismo año, sufría un parecido percance el coronel Juan Miguel Picó en su campamento ubicado en la confluencia de los ríos Bureo y Mulchén<sup>164</sup>.

Por su parte, los monárquicos chilotes capitulaban el 18 de enero de 1826<sup>165</sup>.

Después de asaltar Parral a fines de 1826, la guerrilla del padre

**161.** VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., pp. 663 a 679. El mensajero fue Clemente Lantaño quien se había pasado al bando revolucionario.

**162.** *Ibid.*, pp. 492, 530, 533 y 568. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo XIII, pp. 310 a 314.

**163.** VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., pp. 747 a 751. Arturo CONTRERAS POLGATTI, *Chile: proceso político y militar en el siglo XIX*, Santiago, Stella, 1990, p. 104. La guerrilla de Colliguay había sido formada en la región de Valparaíso bajo la protección del anciano y último marqués de Cañada Hermosa don José Tomás de Azúa y Marín de Poveda.

**164.** VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., pp. 182 a 186.

**165.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XIX, pp. 69, 70, 135 y 136.



Gómez se disolvió alcanzada y derrotada por las tropas del coronel Jorge Beauchef<sup>166</sup>.

En la orilla septentrional del Bío Bío, veinticinco kilómetros al poniente de Santa Bárbara, se encontraba el fuerte San Carlos de Purén donde acampaba la guerrilla de los hermanos Francisco y Tiburcio Sánchez, derrotada definitivamente en 1827<sup>167</sup>.

Durante aquel mismo año 1827 retornaba de Neuquén, hoy territorio argentino, la expedición militar conducida por el coronel Beauchef que había ido en busca de los Pincheira y al no encontrarlos en sus campamentos, Beauchef acarrió consigo a tres mil mujeres y niños chilenos que vivían en esos abandonados lugares y los radicó en la Isla del Laja, ya declarada bajo la ley marcial por el mismo coronel<sup>168</sup>. Sin embargo, los escurrizos Pincheira en el transcurso de 1827 recorrían con sus guerrillas Curicó, Longaví, Chillán y Antuco, por lo cual en 1828 un ejército enviado desde la capital comandado por Viel y Bulnes intentó localizar a los Pincheira y al no lograrlo, acusaron a los hacendados y campesinos de colaborar con los guerrilleros ocultando sus rastros. Como represalia, los soldados procedieron a quitarles sus bienes y a asesinar sin juicio previo a varios civiles<sup>169</sup>.

La ineficacia de las expediciones militares organizadas por el gobierno liberal santiaguino quedó en evidencia en aquellos años,

166. *Ibid.*, p. 141.

167. VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., pp. 682 y 685.

168. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XIX, pp. 141 y 142. FERRANDO KEUN, *Y así nació la Frontera*, cit., p. 298. Domingo CONTRERAS GÓMEZ, *La ciudad de Santa María de Los Ángeles*, Santiago, 1942, tomo II, pp. 156 y 157. Se dice que tan pronto Beauchef volvió la espalda en 1827 retirándose de la Isla del Laja, comenzaron los refugiados a retornar a sus antiguas propiedades, abandonadas algunas y confiscadas las otras. A modo de ejemplo recordemos que en Concepción permanecían secuestradas en 1822 diez haciendas y en Rere 19, todas las cuales eran dadas en arriendo por el fisco. Véase GUERRERO LIRA, *La contrarrevolución de la independencia*, cit., p. 275; y CONTADOR, *Los Pincheira*, cit., p. 126.

169. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XX, p. 56, señala que los soldados les arrebataron a los hacendados más de 7.000 cabezas de ganado.

especialmente entre 1829 y 1831, cuando las guerrillas no solo rindieron la ciudad de Mendoza en 1829 sino que también recorrían a su gusto los caminos entre San Fernando y el río Maipo, a las puertas de Santiago<sup>170</sup>.

En 1832 se hizo necesario llegar a un acuerdo con los argentinos y proceder a atacar con tres divisiones a los Pincheira para poder derrotar definitivamente a la última guerrilla monárquica chilena<sup>171</sup>.

Las autoridades y medios de prensa argentinos informaron profusamente que se había logrado la derrota militar «del ejército español que operaba entre Chile y Argentina, capitaneado por dos hermanos españoles apellidados Pincheira»<sup>172</sup>. En nuestro país en cambio, como resultaba inverosímil denominarlos «españoles» se les motejó de bandidos<sup>173</sup>, título éste utilizado por las autoridades republicanas y por la historiografía liberal decimonónica para referirse a todos los guerrilleros monárquicos chilenos<sup>174</sup>.

---

**170.** CONTADOR, *Los Pincheira*, cit., pp. 171 y 179. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XX, p. 57.

**171.** CONTADOR, *Los Pincheira*, cit., pp. 172 a 176.

**172.** *Ibid.*, pp. 183 a 185. José Luis BUSANICHE, *Historia Argentina*, 2ª ed., Buenos Aires, Solar Hachette, 1969, p. 515.

**173.** CONTADOR, *Los Pincheira*, cit., p. 179. VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., pp. 419, 565, 566, 720 a 722. Alfredo JOCELYN-HOLT, *La independencia de Chile. Tradición, modernización y mito*, Santiago, Mapfre, 1992, pp. 189 y 190. Isabel CRUZ DE AMENÁBAR, *La fiesta. Metamorfosis de lo cotidiano*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 1995, p. 396.

**174.** CONTADOR, *Los Pincheira*, cit., p. 137. Si los liberales que han escrito sobre el tema tuvieran que mostrarse objetivos, les sería imposible demostrar que Benavides fue más cruel y sanguinario que Freire, o probar que cualquier otro monárquico chileno fue más bandido que Neira, con más ensañamiento que Alcázar Zapata, con más odio a los sacerdotes que Astete, más traicionero que Ríos, más salvaje que Victoriano o Riquelme. Véase VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., pp. 117, 164, 165, 179, 317, 381, 765 y 767. CONTADOR, *Los Pincheira*, cit., pp. 135 y 136. Después de rendirse Juan Antonio Pincheira a las autoridades el 11 de marzo de 1832 pasó a desempeñarse de mayordomo en la hacienda que



## 5. Lo que nos costó la independencia

El período que va desde el 28 de enero de 1823 (abdicación de O'Higgins) hasta el 11 de marzo de 1832 (término de la guerra civil independentista con la entrega de José Antonio Pincheira a los revolucionarios) nos muestra a la elite burguesa santiaguina rápidamente enriquecida mediante los contratos con el Estado, asumiendo una aún mayor cuota de poder político. La Junta formada por Agustín Eyzaguirre Arechavala, Fernando Errázuriz Aldunate y Mariano Egaña Fabres recibió el poder de O'Higgins y convocó a un congreso constituyente que designó director supremo interino a Ramón Freire Serrano el primer día abril de 1823. La constitución de 1823, aunque completamente impracticable, fue un fiel reflejo de las ideas liberales en boga<sup>175</sup>.

Ya director supremo en propiedad, renunció Freire el 7 de julio de 1826, quedando provisionalmente en calidad de presidente de la república Manuel Blanco Encalada que renunció el 7 de septiembre de 1826 asumiendo la presidencia, también provisionalmente, Agustín Eyzaguirre Arechavala.

Sucedió al renunciado Eyzaguirre el primer día de febrero de 1827 Ramón Freire, remplazando a éste el 2 de julio de 1827 el comerciante, abogado y general Francisco Antonio Pinto Díaz, tan liberal como todos los anteriores, quedando en la presidencia el senador Francisco Ramón Vicuña Larrain, cuya cabeza estaba poblada de reminiscencias de Rousseau enteramente inconexas entre sí<sup>176</sup>.

Vendrían en seguida el liberal Ruiz Tagle y el pelucón Ovalle.

---

poseía el presidente de Chile Joaquín Prieto Vial (1831-1841). Finalmente Juan Antonio Pincheira falleció anciano rodeado de su mujer y varios hijos cultivando una propiedad perteneciente a su familia. Los guerrilleros de Pincheira también recibieron terrenos para que junto a sus familias los cultivaran. *Ibid.*, p. 185.

**175.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XVIII, pp. 144 y 145. La constitución de 1823, aunque inaplicable, tenía por panacea el federalismo y varios errores graves en los límites del país, pero era más completa que el reglamento constitucional del 23 de octubre de 1818.

**176.** *Ibid.*, tomo XX, p. 89.

«Espléndido pavo real» el primero, según su primo Portales, y simple maniquí del célebre ministro el segundo<sup>177</sup>.

Conocido también como «anarquía liberal», este período estuvo muy marcado por la concepción de exagerada libertad, por la irreligiosidad agresiva y por el americanismo que caracterizaban al liberalismo de esos años.

A todo esto, del Maule al sur las antiguas estancias permanecían desiertas, los rebaños desaparecidos, las construcciones quemadas. En todo el país la ausencia de brazos para trabajar la tierra<sup>178</sup> y la desaparición del dinero se sumaban a la pérdida de semillas y frutales. No quedaban ni siquiera aves de corral. En la extensa provincia de Concepción las tierras agrícolas permanecían devastadas y las villas y ciudades quemadas y abandonadas. En aquellos años 1830 «se atravesaban muchas comarcas que habían sido evidentemente pobladas, pero que a la sazón se hallaban desiertas y sus moradas en escombros. Ricas praderas y tierras arables de la mejor calidad estaban cubiertas de abrojos y sin que se descubriera en el horizonte un solo ser humano, ni una bestia, nada que tuviera vida»<sup>179</sup>. Los campos «eran páramos desiertos, en los cuales muy a lo lejos solían divisarse tres o cuatro ovejas y por raro azar un caballo, una vaca o un

---

177. *Ibid.*, p. 137. Ramón Freire era casado con la afortunada heredera Manuela Caldera Mascayano nieta de Micaela Mascayano Larrain; Manuel Blanco Encalada era marido de Carmen Gana López; Francisco Antonio Pinto Díaz tenía por mujer a Luisa Garmendia Aturralde; Francisco Ramón Vicuña Larrain había celebrado matrimonio con Mariana Aguirre Boza; Francisco Ruiz Tagle Portales casó con María del Rosario Larrain Rojas y José Tomás Ovalle Bezanilla con Rafaela Bezanilla Bezanilla. Respecto al pensamiento político de los pelucones, «los verdaderos defensores de los decenios autoritarios fueron los monttvaristas, los nacionales, que eran liberales». Véase Gonzalo VIAL CORREA, *Liberalismo y conservantismo en Chile*, Santiago, Universidad Adolfo Ibáñez, 2002, p. 33.

178. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXI, p. 131. Chile perdió entre el 15 y el 20% de su población civil entre los 20 y los 40 años, es decir entre 110.000 y 120.000 personas, en su mayoría hombres.

179. VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., pp. 565 y 566. ORELLANA R., *Historia y antropología de la Isla del Laja*, cit., p. 17.



buey»<sup>180</sup>. Las calles desoladas de la ciudad de Concepción permitían crecer el pasto en las veredas y unos pocos seres cadavéricos y semi desnudos vivían alrededor de una fogata encendida junto a la pared en ruinas de la Catedral, quemada por los revolucionarios<sup>181</sup>.

La más feroz de las hambrunas asoló el territorio comprendido entre el Maule y el Imperial y en seguida vinieron las pestes, prolongándose por varios años<sup>182</sup>. Durante 1828 se contabilizaron en los restos de la ciudad de Concepción quinientas muertes por inanición<sup>183</sup>. En Tucapel, donde habían quedado reclusos los sobrevivientes de Quilapalo, cada día morían de hambre dos o tres personas<sup>184</sup>.

Entre el hambre y las pestes se dejaba caer la pobreza. Dice Barros Arana que en 1819 éramos más pobres que en 1810 y agrega Encina, que después de la independencia sufríamos «la pobreza más aguda y generalizada que el pueblo chileno haya experimentado desde la gran invasión de 1655»<sup>185</sup>. Finaliza Eyzaguirre puntualizando que la devastación de los campos por la guerra independentista y el déficit fiscal resultante, mantenían al país descapitalizado<sup>186</sup>.

Menos notorios a simple vista que los efectos materiales han sido otras consecuencias generadas por la revolución independentista y que afectaron a los bienes espirituales y a la identidad de los chilenos.

Como resultado de las persecuciones contra el clero más

**180.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XV, p. 139.

**181.** VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., pp. 565, 566, 720 a 722.

**182.** CONTADOR, *Los Pincheira*, cit., pp. 41, 44 y 66.

**183.** *Ibid.*, p. 44.

**184.** VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, cit., pp. 565, 566, 720 a 722.

**185.** BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, cit., tomo XII, p. 242. ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXII, p. 53. Solamente la escuadra y el ejército libertador del Perú costaron a Chile cuatro millones de pesos.

**186.** JAIME EYZAGUIRRE GUTIÉRREZ, *Historia de Chile*, 2ª ed., Santiago, Zig Zag, 1973, pp. 484 y 490.

tradicionalista, aparte de los desterrados y asesinados, numerosos sacerdotes chilenos se fueron al Perú, de manera tal que muchas de las parroquias de todo el país quedaron acéfalas, en Concepción, disciplina, culto, clero, Cabildo y Seminario desaparecieron. En la provincia de Chiloé sólo quedaron tres párrocos, mientras que en Valdivia apenas dos<sup>187</sup>. En tales circunstancias, los habitantes de nuestro país dejaron de recibir los Sacramentos en tanto a niñas y niños la revolución les arrebató la posibilidad de asistir a la instrucción primaria y a la enseñanza media que habían impartido los conventos antes de su disolución<sup>188</sup>.

Por otra parte, la ruina de las haciendas significó dos cosas: el comienzo de la crisis en la familia de tipo patriarcal, y el derrumbe de la aristocracia encomendera militar<sup>189</sup>, mientras que dos décadas de violentas y continuas arremetidas liberales contra el orden cristiano heredado del pasado iniciaban la demolición de la *imago mundi* católica de los chilenos. Porque según los historiadores «ninguna de las cabezas de la revolución fue capaz de representarse una forma de gobierno en reemplazo de la que iba a morir con la Colonia»<sup>190</sup>.

---

**187.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXII, p. 121. Pocos sacerdotes adhirieron a la revolución liberal, pero aquellos que lo hicieron pasaron a encabezar el proceso revolucionario de aquellos años, Recuérdese a fray Joaquín Larrain Salas, Domingo Errázuriz Madariaga, José Antonio Errázuriz Aldunate, José Ignacio Cienfuegos Arteaga, Ignacio Víctor Eyzaguirre Portales, etc.

**188.** *Ibid.*, tomo XII, p. 203. Encina afirma que en esos años «la civilización chilena desapareció. Ocultarlo o recubrirlo con pomposos proyectos de transformaciones sociales, importa una adulteración trascendental de la historia». *Ibid.*, tomo XXII, p. 55.

**189.** Las familias de la aristocracia encomendera militar en su mayor parte tomaron abiertamente partido por el Rey y «justamente por haber estado marginadas del proceso independentista o por haberlo combatido, sufrieron un grave desfase de riqueza e influencia pasando muchos de sus miembros a integrar los grupos medios o populares de la sociedad». Véase RETAMAL, CELIS y MUÑOZ, *Familias fundadoras de Chile. 1540-1600*, cit., p. 50.

**190.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XII, p. 185. Según Encina,

Durante el primer siglo de vida independiente, los liberales que no soltaban el poder, despojaron a los chilenos de su tradicional visión católica de la vida y de su sistema de valores fundamentales<sup>191</sup>. Así entonces, el liberalismo arruinó la *imago mundi* católica y no pudo elaborar otra para reemplazar lo demolido<sup>192</sup>.

«Ocultar el precio que nos costó la independencia, en la forma que hasta hoy se ha hecho, importa sustituir la realidad por un simple juego malabar de raciocinio»<sup>193</sup>.

---

la adopción de la república como forma teórica de gobierno se impuso espontáneamente, sin resistencias ni entusiasmos, y fue el resultado de la necesidad de reemplazar a la monarquía y de la impotencia mostrada por los liberales de crear una nueva forma. «Los intelectuales en general (Infante, Egaña, Pinto, Campino) –agrega Encina– no se daban cuenta de que el régimen republicano democrático adoptado por la América del Norte era incompatible con la estructura social, las aptitudes y los hábitos políticos del pueblo chileno». *Ibid.*, tomo XXI, pp. 17 y 18. O si se daban cuenta, los liberales prefirieron demoler las estructuras heredadas del pasado y cambiar mediante decretos las aptitudes y hábitos políticos de los chilenos.

**191.** Gonzalo VIAL CORREA, *Historia de Chile*, 2ª ed., Santiago, Santillana, 1981, vol. I, tomo I, p. 38.

**192.** *Ibid.*, p. 48; vol. I, tomo II, p. 635. Según la psiquiatría, en cada individuo la *imago mundi* está muy vinculada con las relaciones de la persona con Dios, consigo mismo, con los demás y con el universo, red de relaciones ésta con las cuales se teje la propia identidad y la persona se siente arraigada. Véase Erich FROMM, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, 9ª ed., México, FCE, 1971, pp. 59 y 62.

**193.** ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXII, p. 55.